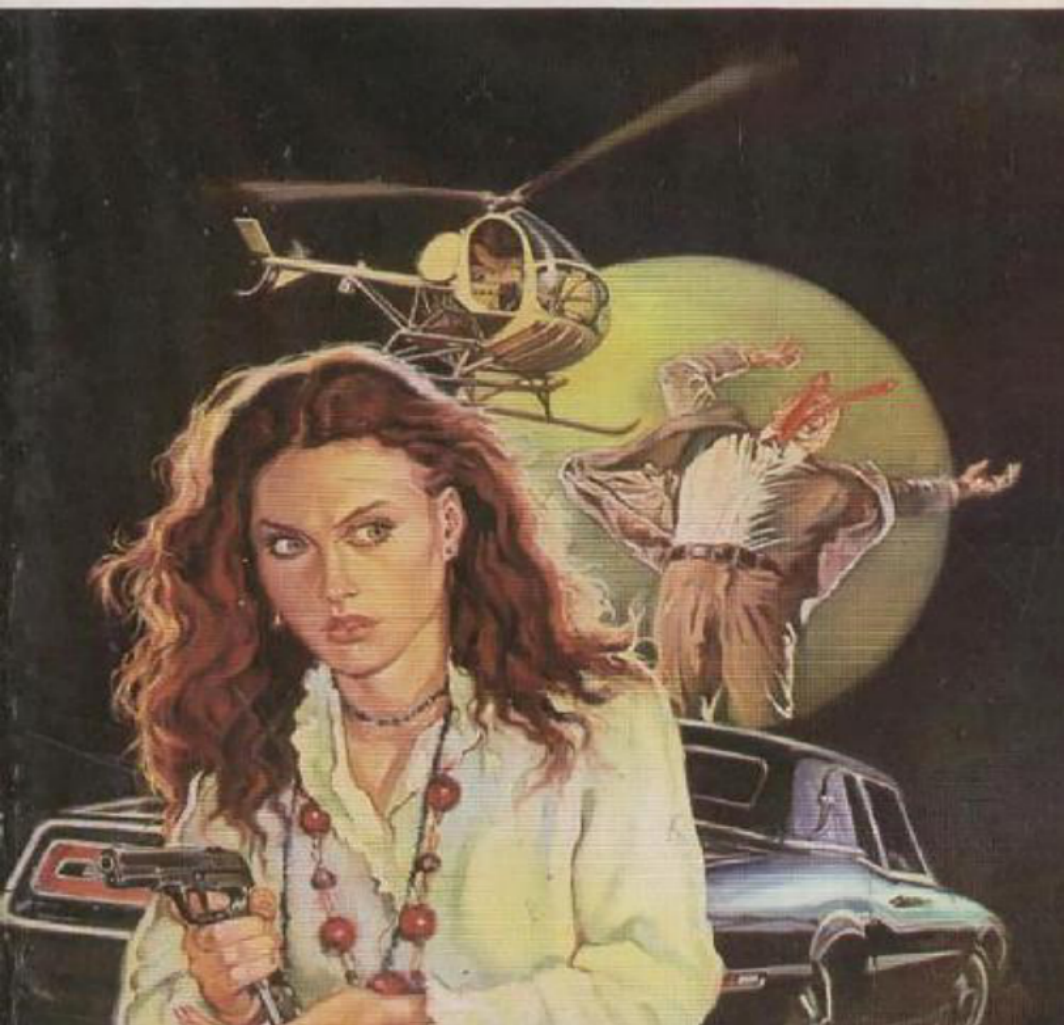
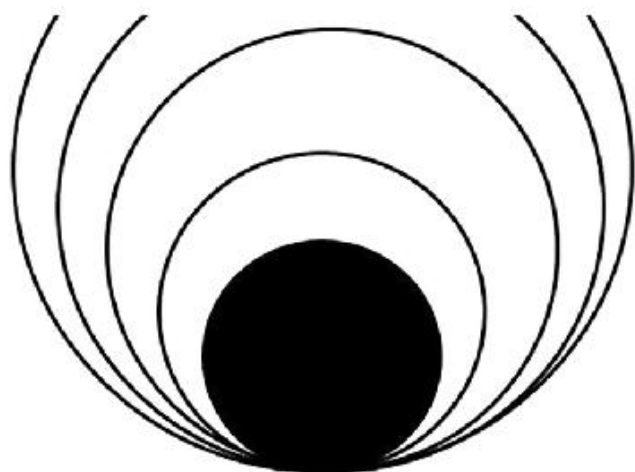




UNA CHICA CON GANAS DE JALEO

Clark Carrados





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE, SERIE ROJA:**

1.705. — Socio de armas tomar.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.570. — La princesa y el pescador.

En Colección **BÚFALO, SERIE ROJA:**

1.058. — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección **CALIFORNIA:**

812. — Abogado de revólver.

En Colección **KANSAS:**

1.030. — Derrota y victoria.

En Colección **BRAVO OESTE:**

626. — Clave para el asesino.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

818. — El fin de la cuenta.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección **BISONTE, SERIE AZUL:**

138. — Contratados para morir.

En Colección **BÚFALO, SERIE AZUL:**

66. — Destinos ardientes.

En Colección **PUNTO ROJO:**

952. — El asesino viajero.

En Colección **COLORADO:**

1.069. — Unidos por el odio.

CLARK CARRADOS

**UNA CHICA CON
GANAS DE JALEO**

**Colección PUNTO ROJO N° 960
Publicación Semanal**



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 23.194 – 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: setiembre, 1980

© **Clark Carrados – 1980**

texto

© **Norma – 1980**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

—Es un chico guapísimo —dijo Lotte Braddon.

—Para ti, todos son guapos —le contestó su amiga y compañera de trabajo, Tessa Jameson—. No sé que ves en los hombres...

—Eso, que son hombres —rió Lotte—. Pero no tengas miedo; no lo conquistaré. Ya lo has visto; ha pasado por mi lado, como si yo fuese un vulgar insecto. En cambio, a ti, se te comía con la mirada.

Algo de razón había en las palabras de Lotte respecto de su amiga. Tessa había sido pródigamente dotada por la naturaleza y el uniforme de los grandes almacenes que vestían ambas, contribuía a hacer resaltar de forma generosa las exuberantes curvas de la muchacha.

Lotte, en cambio, sí bien era alta y espigada, tenía los contornos mucho más suaves. A ella le habría gustado ser, no tanto quizá como Tessa, pero si un poco más curvilínea, cosa que no podía conseguir, por mucho que se esforzase.

—Y eso que a veces me atiborro de comida —decía—. Pero no consigo engordar un solo gramo.

—No te quejes; tienes un tipo fenomenal —le contestaba su amiga invariablemente—. Muchas querrían tener tu figura...

Eso era algo que Lotte no creía nunca, pero, en medio de todo, no dejaba de halagarle.

Salieron del ascensor en que regresaban después de un corto viaje a otra planta. Lotte se detuvo unos segundos frente a un espejo.

¿Quién podría quererla jamás con aquella cara? No era precisamente un monstruo de fealdad, pero sus atractivos, estimaba, eran nulos. Además, tenía el pelo del color de las ratas y los ojos no eran precisamente dos luminarias que deslumbrasen a los hombres que se cruzaban en su camino. Resignada, suspiró, se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Bueno, Tessa, yo sigo. Voy a ver al ogro y a cobrar el despido —anunció la muchacha.

—Sentiré que te vayas —dijo Tessa—. Aunque, claro, el trabajo en el gimnasio será más agradable y menos esclavizado que en este antro.

—De todas formas, podemos seguir con los mismos planes. No

empezaré hasta el lunes y mañana podríamos ir a la playa, como acordamos.

—Muy bien, ven a buscarme y pasaremos el día juntas.

Las dos jóvenes se separaron. Lotte buscó las escaleras que conducían al piso superior, donde estaban las oficinas. A su jefe le sabía mal que se marchase; era una buena vendedora, pero Lotte no había querido seguir en el empleo, pese a la promesa de un próximo ascenso. Prefería el gimnasio, donde podría hacer mucho ejercicio físico, aparte de que tendría un horario más liberal. El sueldo no era inferior en modo alguno al que ahora percibía y estaba segura de que no iba a perder con el cambio.

Llegó al piso siguiente y se dispuso a entrar en el departamento de oficinas. La puerta estaba entreabierta y ello le permitió ver algo que le cortó la respiración.

—¡Cielos, están atracando!

La jornada estaba ya a punto de terminar. Muchas compras se hacían a crédito, pero el dinero recaudado en las diferentes cajas registradoras no era despreciable. Podía llegar fácilmente a los cien mil dólares... y eso era lo que querían los cuatro tipos que, con los rostros cubiertos por unas medias y pistolas en cada mano derecha, se ocupaban de llenar de billetes unos maletines de aspecto inofensivo.

Lotte reflexionó rápidamente. A su derecha había una manguera de incendios, en su caja de cristal. Podría romper el cristal y la alarma sonaría instantáneamente, pero el local estaba todavía repleto de clientes y se podía producir una catástrofe de proporciones incalculables.

Al otro lado, había un teléfono interior. No tendría tiempo de hacer una llamada; a juzgar por lo poco que había podido ver, los ladrones estaban ya a punto de terminar su tarea. Si la veían junto al teléfono eran capaces de pegarle un tiro sin más.

De pronto, vio algo que hizo brillar sus ojos. Miró a través de la rendija. Los atracadores se dirigían ya hacia la puerta y, de espaldas a los aterrados oficinistas, estaban quitándose las medias que cubrían sus rostros.

Lotte retrocedió un par de pasos. Luego se estiró la falda y sacó el busto. Los bandidos empezaron a salir, uno tras otro, escondidas las pistolas y con ademanes de perfecta naturalidad.

Ella extendió el brazo izquierdo.

—Por aquí, caballeros —indicó—. Tomen el ascensor directo a la planta baja —sonrió lo mejor que pudo y agregó—: Es el destinado a las visitas de importancia.

Dos de los atracadores cambiaron una rápida mirada.

—Muchas gracias, señorita —dijo uno de ellos.

Lotte se situó junto a la puerta que ya había abierto, tras

alcanzarla caminando delante de los forajidos. Uno tras otro, los cuatro atracadores pasaron al otro lado y entonces Lotte cerró la puerta y echó rápidamente el pestillo de seguridad.

Sintiendo que el corazón le latía alocadamente en el pecho, se apoyó un instante en la puerta. En aquel momento, el jefe de cajeros y otros altos empleados salían precipitadamente al corredor.

—¡Avisé a la policía! —gritó el primero.

—No será necesario, señor Blake —dijo Lotte—. Los ladrones están aquí, a buen recaudo.

Y señaló con el pulgar a sus espaldas, apoyadas todavía en la sólida plancha de metal en la que ya empezaban a escucharse los primeros golpes que daban los atracadores, intentando, vanamente forzar la puerta de su encierro.

—Te has hecho famosa —dijo Tessa, al día siguiente, cuando viajaban en el coche, rumbo a la playa—. De la noche a la mañana te has convertido en todo un personaje célebre.

Lotte guiaba el coche y ladeó la boca.

—No creas, los periodistas son siempre propensos a exagerar las cosas —respondió.

Tessa tenía en las manos un periódico de la mañana. En la primera plana, había una fotografía de su amiga. «La heroína que derrotó a cuatro peligrosos forajidos, con su sola sonrisa», decían los titulares.

Había gran satisfacción en la policía, por la captura de cuatro atracadores, que habían cometido ya numerosos robos, algunos de ellos con resultados sangrientos para las víctimas, Y así como abundaban las frases elogiosas dedicadas a Lotte, los comentarios burlescos y nada conmisericordiosos hacia los forajidos, eran también numerosos, en especial, los dirigidos al jefe de la banda, Dick Peters, alias *Malacara*, apodado más que justificado si se juzgaba por la fotografía que aparecía junto a la de la muchacha.

—Y el lunes, la propietaria. Elynor McCraven quiere verte —dijo Tessa—. Seguro que te entrega una importante recompensa.

—No podré ir. Recuerda que tengo un nuevo empleo.

—En tu lugar, yo iría, aunque sólo fuese por la curiosidad de conocer a la gran jefa. Para ella debe de representar un tremendo esfuerzo rebajarse a hablar con una de sus empleadas.

—Ex empleada —puntualizó Lotte.

Tessa se echó a reír.

—Mira que encerrar a los bandidos en aquel montacargas inutilizado —exclamó—. No sé cómo se te ocurrió la idea... Cayeron

como pajaritos y eso que, en realidad, son pajarracos.

—Tessa, amiga mía, ¿quieres dejar de comentar eso de una vez por todas? —solicitó Lotte, un tanto fastidiada.

—Está bien, como quieras. No sabía que te molestase tanto la fama... Pero si hasta es posible que te contraten para la televisión...

—¡Bah, tonterías! Eso se pasará muy pronto. La fama que se adquiere por determinadas circunstancias, es siempre efímera —dijo Lotte que, salvo en un punto, tenía la cabeza muy bien sentada—. Ni me contratarán, ni aceptaré, en el supuesto de que a alguien se le ocurriese semejante disparate...

De súbito, Lotte emitió un pequeño grito:

—¡Oh, Tessa., míralo! ¡Está allí!

Al mismo tiempo, pisaba el freno a fondo. Sorprendida, Tessa resbaló en el asiento y se hundió en el piso del coche, debajo de la guantera. Gritando furiosa contra su imprudente amiga, trató de emerger nuevamente a la superficie.

—¡Lotte! ¿Te has vuelto loca?

Pero la muchacha no le contestó. Arrodiada todavía. Tessa pudo ver que Lotte tenía la vista fija en un yate, amarrado al muelle, en cuya cubierta se divisaba a un hombre, muy entretenido al parecer en la lectura de un periódico.

—¡Atiza, es él, tu príncipe azul! —exclamó Tessa, pasmada.

—¿Verdad que es guapísimo? —dijo Lotte con arroboamiento que no podía ocultar.

El «príncipe» de sus sueños era un hombre joven, alto, de anchos hombros, rostro tostado y cabello muy negro, ligeramente rizado. Poseía toda la estampa de un galán de cine y su sonrisa y sus ademanes cuadraban perfectamente con su apostura física.

—Y, además, es riquísimo —dijo Tessa, que no había salido aún de su asombro—. Fíjate, vaya barquito; lo menos necesita una tripulación de veinte hombres... Se necesita ser rico para mantener un cacharro semejante.

—Un yate... Seguramente, tendrá un reactor privado... Yo le vi un día que desembarcaba de un «Rolls-Royce» con chófer... —murmuró Lotte con acento ensoñador—. Pero no me importaría que fuese pobre. Mejor aún, ojalá lo fuese... aunque de todas formas, no se iba a fijar en mí —añadió tristemente.

Tessa dio unas palmaditas en la rodilla de su amiga.

—Olvida a tu príncipe azul —aconsejó—. Ya encontrarás algún día al hombre de tu vida. Y no sueñes; el millonario que se casa con la humilde vendedora es sólo una historia que alguien se inventó para hacer una película.

—Si, tienes razón —suspiró Lotte.

Y ya se disponía a arrancar de nuevo, cuando, de repente, sucedió

lo inesperado.

Un hombre se acercó cautelosamente al joven que leía el periódico sin que este se diese cuenta de su presencia, y le golpeó fuertemente en un lado del cráneo con una porra corta. Las rodillas del joven se doblaron en el acto. Su atacante no permitió que cayese a la cubierta; inclinándose, lo agarró por las piernas y lo arrojó al mar.

CAPÍTULO II

Lotte y su amiga se quedaron paralizadas al presenciar el sorprendente espectáculo. El atacante, sin reparar en ellas, corrió al interior del yate.

Sin embargo, Lotte reaccionó rápidamente y saltó del coche, lanzándose a todo correr hacia el borde del muelle. El yate estaba amarrado de popa y la víctima había caído a unos diez o doce metros de la orilla.

Lo único que hizo Lotte, mientras corría, era quitarse las gafas de color y dejarlas al suelo. Llegó al borde y, sin más, se tiró de cabeza al agua.

Nadó con vigorosas brazadas, contemplada con estupefacción por su amiga. En pocos segundos, alcanzó al joven que, tras haber emergido después del chapuzón, empezaba a sumergirse de nuevo. Estaba aún inconsciente y, agarrándolo con una mano por debajo de la barbilla, empezó a nadar en busca de la tierra firme.

—Ayúdame, Tessa —gritó, cuando ya alcanzaba el muelle.

Un poco más allá, había unas escaleras practicadas en el mismo malecón. Las dos jóvenes sacaron al desvanecido a tierra firme. Todavía chorreando agua, Lotte se enderezó y dirigió la vista al yate.

—Tessa, ocúpate de él —dijo con voz firme.

—Lotte, no seas loca...

Pero la muchacha ya no oía a su amiga. Corrió a toda velocidad, atravesó la pasarela y la toldilla de popa y se situó junto a la puerta por la que había desaparecido el individuo.

En el muelle, Tessa, arrodillada, sosteniendo la cabeza del joven con su pecho opulento, contemplaba boquiabierta a su amiga. Lotte se asomó un instante, retirándose con rapidez.

Un segundo más tarde, salió el sujeto con un objeto plano en las manos. Lotte extendió el pie derecho y el hombre cayó cuan largo era. La caja se escapó de sus manos y resbaló unos metros por encima de la cubierta.

El individuo lanzó una maldición y se levantó de un salto. Al

volverse, divisó a la muchacha y maldijo de nuevo. De pronto, disparó la mano para golpearla en la cara.

Lotte actuó con rapidez infinita. Agarró la muñeca del sujeto y tiró hacia sí, a la vez que caía de espaldas. El ladrón se vio arrastrado irresistiblemente, sin poder evitar que los pies de Lotte golpearan su estómago primero, para hacerle dar a continuación una voltereta completa sobre si misma.

El hombre cayó de espaldas, con tremendo golpazo. Sin embargo, parecía muy resistente y se levantó con gran rapidez. Sonreía torvamente.

—Tienes ganas de jaleo, ¿eh, muñeca?

Amagó con la derecha y trató de golpear con la izquierda. Lotte se agachó velozmente. Los filos de sus dos manos golpearon dura y simultáneamente los flancos del sujeto que, de repente, se quedó sin respiración.

Esta vez, Lotte no le dejó recobrarse. De nuevo volvió a golpearle, pero esta vez en ambos lados del cuello. El ladrón creyó que le cortaban la cabeza y, después de arrodillarse, cayó al suelo completamente sin conocimiento.

Tessa aplaudió entusiasmada.

—¡Bravo, Lotte! —gritó desde el muelle.

Lotte corrió a la borda y, aferrándose con ambas manos, gritó:

—¿Cómo está «él»?

—No temas, tu príncipe azul ya se recupera —respondió Tessa.

En aquel momento se oyó la sirena de un coche policial que se acercaba a toda velocidad. Alguien, sin duda, había presenciado la escena desde lejos y había creído prudente avisar a la policía.

Aquella noche sonó el timbre en el apartamento de Lotte. Tessa estaba con su amiga y se acercó a la puerta, para atisbar por la mirilla.

—¡Cielos, es el príncipe azul! —exclamó.

—¿Qué? —dijo la muchacha.

Tessa abrió la puerta.

—Hola —dijo.

Lo primero que vio Lotte fue un enorme ramo de flores, casi tan grande como un árbol de Navidad. El visitante llevaba además una gigantesca caja de bombones.

—Ayúdeme, por favor—rogó ahogadamente.

Las dos jóvenes corrieron hacia él. Rex Fulham sonrió.

—Gracias, señoritas —dijo—. La verdad es que casi no podía con las dos cosas... Bueno, creo que ya conocen mi nombre. Tuvimos ocasión de conversar esta mañana, después del desagradable suceso

ocurrido en el muelle.

—Sí, hablamos un poco —contestó Lotte—. ¿Se siente ya mejor, señor Fulham?

—Tengo un buen bulto en la cabeza, pero, aparte de eso, estoy completamente bien. Señorita Braddon, creo que esta mañana no fui demasiado expresivo. Claro que tampoco podía hablar mucho... En resumen, le debía esta visita, para expresarle mi gratitud con todo mi corazón.

—Bueno, vi lo que pasaba y me pareció que debía hacer algo —sonrió la muchacha.

—¿Algo? Me salvó la vida y detuvo a un peligroso ladrón de joyas. Por regla general, los tipos como Ernie Schaffer suelen actuar con mucha limpieza, quiero decir, que no causan jamás daño a sus víctimas. Pero Schaffer no tiene escrúpulos. Si para conseguir una joya, tiene que golpear, golpea; y si es preciso matar, mata. Por eso su acción tiene mucho más mérito, señorita Braddon.

—Pero ya se ha pasado y no hay por qué seguir hablando de ello, señor Fulham. Lo importante es que usted está bien y que el ladrón no pudo conseguir su objetivo.

—Gracias a usted, insisto —Fulham sonrió y a Lotte le pareció que sonreía un ángel—. He tenido mucho placer en saludarlas a ambas, señoritas —se despidió.

Al quedarse solas, Lotte exhaló un larguísimo suspiro.

—Tessa, ¿verdad que yo tenía razón? ¿No lo encuentras guapo de veras?

—¡Arrebatador! Pero yo, en tu lugar, no me haría demasiadas ilusiones. Ha venido a verte por pura cortesía...

—Oh, qué tonta eres. ¿Acaso crees que pensé otra cosa? Pero, al menos, puedo decir que es muy guapo, me parece.

—Sí, en eso tienes razón. Bello como un Apolo, con una salud de hierro, dueño de un yate, un «Rolls-Royce»... Tendrá una docena de coches, estará atendido por una legión de criados... Seguramente, es el propietario de varias mansiones y Dios sabe cuántos pozos de petróleo... —el opulento busto de Tessa se dilató al inspirar aire con fuerza—. Lotte, querida; esas cosas no son para nosotras. No se ha hecho la miel para la boca de asno —concluyó melancólicamente.

Lotte asintió, mientras examinaba las flores. Luego, de pronto, reparó en los bombones.

—Tessa, ¿quieres uno? —invitó—. O una docena, los que te apetezcan.

La rubia no se hizo de rogar. Momentos después, con la boca llena, preguntó a su amiga:

—Lotte, ¿has tomado ya una decisión con respecto a la entrevista con la señora McCraven el próximo lunes?

—Bueno, creo que no ir sería una grave falta de cortesía —respondió la muchacha—. Pero si me propone quedarme en la tienda, le diré que no, por descontado. He encontrado un empleo que me gusta mucho más y no voy a desperdiciar la ocasión.

Los ojos de Lotte contemplaron con enorme asombro el fantástico panorama de lujo que se abría a su paso, mientras avanzaba por el sendero central del jardín hacia la fastuosa mansión que se veía al fondo.

No era un sendero, sino una avenida flanqueada de estatuas, principalmente desnudos femeninos en distintas actitudes. Había enormes parterres, con surtidores que funcionaban incesantemente, y las flores abundaban por todas partes.

Un estirado mayordomo la recibió en la entrada. Lotte pudo ver al menos un par de doncellas, convenientemente ataviadas, y también entrevió un ama de llaves. Luego pasó a un lujoso salón íntimo, en donde había una elegante mujer que salió amablemente a su encuentro.

—Así que es usted la muchacha que nos libró el viernes de un grave percance —dijo, a la vez que tomaba las manos de Lotte—. Y, por si fuese poco, al día siguiente, me evitó otra notable pérdida, aunque ésta de carácter personal, al conseguir detener a aquel peligroso ladrón.

—Bien, señora... Parece que la casualidad me ha obligado a mostrarme particularmente activa en dos ocasiones muy seguidas. Pero no creo que deba dársele mayor importancia —contestó Lotte.

Mientras hablaba, estudiaba a la dueña de la casa, una dama de gran belleza, elegantísimamente ataviada. Debía de andar cerca de los cuarenta años, aunque parecía más joven, y no era difícil advertir en Elynor McCraven el innato sentido del refinamiento y el buen gusto.

—Pero siéntese, querida —dijo Elynor—. Tengo una viva curiosidad por saber cómo una chica tan joven como usted pudo derrotar a un tipo duro y avezado a la lucha cuerpo a cuerpo.

—La gimnasia y el ejercicio siempre me gustaron muchísimo y los practico regularmente después de las horas de trabajo —Lotte suspiró levemente—. Me hubiera gustado más ser bailarina, pero por desgracia, no tenía las aptitudes suficientes y tuve que conformarme con la gimnasia y otros deportes por el estilo.

—Es realmente admirable. Pero, sentémonos, por favor... Lotte, si me permite llamarla así, ¿sabe que las joyas que el ladrón había conseguido están valoradas en más de doscientos mil dólares?

—No tenía la menor idea, señora McCraven...

—Yo las había dejado en mi caja fuerte del yate y pensaba pasar a recogerlas. Por eso envié antes a Rex, para que me las tuviese preparadas a mi llegada. Había dos marineros de guardia, claro, pero Rex les dio permiso para que bajaran a tomarse una copa...

Lotte sintió instantáneamente una enorme decepción. Rex tenía unos veintiocho años. Elynor, alrededor de cuarenta. Pero Elynor era hermosa, viuda y muy rica. Resultaba fácil imaginar la clase de relación que unía a los dos. No, Rex no era el príncipe azul que ella había creído.

—En todo caso, celebro haberla evitado un conflicto, señora.

—No uno, sino dos, porque es preciso tener en cuenta el atraco a las oficinas de la tienda. Allí demostró usted verdaderamente no sólo su inteligencia sino también su sangre fría.

—Me abruma con sus elogios, señora.

—Creo que expreso simplemente la verdad. Pero, Lotte, yo soy de las que piensan que la gratitud debe acompañarse con algo más que simples palabras.

Elynor tomó algo de una consola y lo puso en manos de la muchacha. Lotte leyó la cifra escrita en el cheque y dio un salto en su silla.

—¡No, señora! —exclamó.

—¿Cómo? —se sorprendió Elynor.

Lotte le devolvió el cheque.

—No puedo. Es demasiado —dijo escuetamente.

Elynor sonrió y empujó la mano de Lotte hacia su pecho.

—Acéptelo, querida —dijo persuasivamente—. Es lo menos que puedo hacer por usted.

—Bien... me servirá para decorar mi apartamento... Hace tiempo que lo quería montar de nuevo... Gracias, señora McCraven. No lo olvidaré nunca.

—Nosotros somos quienes no olvidaremos sus valerosos gestos. Ya me ha dicho el director general que se ha despedido y que no acepta volver a trabajar de nuevo en la empresa.

—Lo siento mucho, señora. Me costó mucho tomar esa decisión y no podría volverme atrás ahora.

—Sí, lo comprendo, Lotte, ¿me permite que la invite a tomar el té?

—Acepto encantada —respondió la muchacha.

Lotte y Tessa vivían en el mismo edificio, aunque en apartamentos independientes. Tessa se quedó atónita al ver volver a su amiga en un lujoso «Rolls», conducido por un hierático chófer uniformado. Lotte se apeó después de que el chófer hubo abierto la portezuela y, después de dirigirle un cortés saludo, cruzó la acera y entró en el edificio.

Tessa corrió a recibir a su amiga y la abrumó a preguntas. Cuando vio el cheque, lanzó una docena de exclamaciones de todos los tonos. Finalmente, le preguntó si había visto a Rex.

—No, y no quiero verlo en los días de mi vida —contestó Lotte.

—¿Por qué, mujer? Nunca tendrás mejores ocasiones...

—Las dos estábamos engañadas. Rex es un *play-boy* y vive a cuenta de la señora McCraven —dijo la muchacha.

Tessa se sentó en un diván.

—¡Santo Cielo! ¿quién iba a decirlo?

Al cabo de unos segundos, hizo una mueca.

—Bueno, Lotte, consuélate; no es el único hombre de este mundo —dijo.

—El asunto es muy delicado, más aún que difícil —dijo Alex Erwenton al hombre que estaba sentado frente a él—. Si no logramos las pruebas irrefutables, podemos vernos en un serio compromiso. Los periódicos nos crucificarán y habrá interpelaciones en el Congreso y en el Senado. El riesgo grande..., pero tenemos que afrontarlo, porque no podemos permitir que las cosas sigan como hasta ahora.

Rex Fulham asintió.

—Estoy de acuerdo con usted —repuso—. Es preciso obrar con cautela y, sobre todo, con astucia. Se trata de un hombre terriblemente escurridizo, sumamente inteligente, y que no duda, en caso necesario, recurrir a la violencia para eliminar al adversario.

—Es absolutamente cierto. Ese hombre es astuto, inteligente y despiadado. Además, tiene unos buenos guardaespaldas, duchos en toda clase de armas, y que son capaces de matar a una persona con los mismos remordimientos que sentirían al matar una mosca.

—Lo que han matado en más de una ocasión no era precisamente moscas —dijo Fulham con amargura.

—Por eso debemos eliminarle, pero con todas las pruebas en contra, para evitarnos problemas innecesarios. No olvidemos que tiene amigos muy influyentes, incluyendo los directores de un par de periódicos. Y, por si fuese poco, posee una emisora de televisión. Rex, si fracasamos, ya podemos irnos a una isla desierta.

—Procuraré evitarlo, señor. Pero, ¿se le ha ocurrido algo para empezar esa pequeña guerra?

—En el plan que he ideado se incluye una mujer. Ahora bien, además de lista, tendría que ser decidida y poseer conocimientos de defensa personal, por lo que pudiera ocurrir. Naturalmente, no podemos recurrir a ninguna de las mujeres del departamento, ni siquiera podemos pedir una a Washington; por muchas precauciones

que empleásemos, él acabaría por saberlo. Tiene que ser una perfecta desconocida.

Fulham meditó unos instantes. De pronto, chasqueó los dedos.

—Jefe, creo que la he encontrado. No se puede decir que sea una desconocida, aunque hace ya más de un mes que su nombre saltó a las páginas de los periódicos. Pero en modo alguno podrían relacionar a Lotte Braddon con nosotros.

—¿Se refiere a aquella chica que evitó en dos días otros tantos robos de importancia?

—Sí, la misma.

Erwenton consideró la propuesta y acabó por asentir.

—Búsquela y trate de conseguir su ayuda, con una condición. Rex.

—Sí, señor.

—A menos que sea absolutamente necesario, no le declare su identidad. Si, por ejemplo, fuese hecha prisionera, podrían obligarla a hablar y... Bien, imagínese el resto.

—Está claro. Tendrían más motivos para abrasarnos vivos. Emplear a una ciudadana normal y corriente y ponerla en grave peligro...

—Adviértale de lo que sucede, aunque diciéndole, por ejemplo, que es un problema personal suyo. De este modo, no estará tan desprevenida.

—Perfectamente, jefe. Y ahora, ¿quiere decirme cuál es el plan que ha ideado?

CAPÍTULO III

Estaba practicando con un alumno y enseñándole los trucos más elementales de la defensa personal. Al terminar la sesión, Lotte se puso un albornoz en uno de los bancos del gimnasio.

Fulham aplaudió brevemente. Lotte dudó un momento, pero acabó por acercarse al joven.

—¿Piensa inscribirse en algún curso de cultura física. Fulham? —preguntó ella.

—Por ahora, no —respondió el joven—. Simplemente, ha transcurrido un mes largo desde que nos vimos por última vez y pensé que me gustaría hablar de nuevo con usted... en algún restaurante y a la luz de las velas.

—Sí, y con música de fondo —dijo Lotte sarcásticamente—. ¿Acaso ha creído que estaba aguardándole a usted cada día?

—¿He hecho algo que provoque su enojo? —preguntó Fulham sorprendido.

—Demasiado lo sabe usted, de modo que no vale la pena seguir hablando.

Lotte dio media vuelta, disponiéndose a ir en busca de la ducha. Fulham se adelantó vivamente y la agarró por un brazo.

—Usted me salvó la vida. Yo se lo agradecí del mejor modo que supe y no creo haber hecho nada ofensivo. Pero si fuese así, dígamelo con toda sinceridad y le pediré perdón humildemente.

Lotte se volvió y le miró un instante.

—¿Sigue usted yendo al barco de la señora McCraven?

—Oh, sí, con alguna frecuencia. Pero, eso, ¿qué tiene que ver...?

—No, nada, no se preocupe. Es todo lo que quería saber.

Ella reanudó la marcha. Fulham, obstinado, se emparejó junto a la muchacha.

—Lotte, la necesito —dijo.

—Espere que busque en mi bolso. Puede que encuentre una moneda de veinticinco centavos.

—Estoy en un grave apuro.

—¿Busca dinero?

—No, exactamente. Pero, ¿por qué no depone su actitud? Hay algo que no entiendo... No creo haberle hecho ningún daño y usted me trata a latigazos...

—Lástima que no sea verdad —Lotte se volvió bruscamente y puso las manos en los costados—. Bueno, ¿de qué se trata?

Fulham sonrió.

—¿Por qué no me acompaña a cenar y deja que se lo cuente todo? —propuso—. Eso no le hará ningún daño, a menos que esté comprometida ya con otro.

Lotte emitió una risa amarga.

—Míreme —contestó—. ¿Quién querría comprometerse con un espermatozoide como yo?

—Hombre, no está mal...

—Deje de burlarse de mí —cortó ella ásperamente—. La verdad, no sé por qué me cae simpático, cuando debiera detestarle. Usted, un gigoló, un *play-boy*, que vive a costa de las mujeres maduras y estúpidas...

Fulham creía soñar.

—Pero, ¿quién le ha contado semejante historia? —barbotó.

—No se haga ahora el desentendido. Pero dejemos esto a un lado. Aguárdeme en la puerta de servicio; saldré dentro media hora.

—Muy bien, allí me tendrá. Oiga, Lotte, ¿qué le parece el *Jano's*?

—Si la cocina es buena, el local poco importa —respondió Lotte a la vez que abría la puerta que comunicaba con el apartamento de

El farol que había sobre el dintel de la puerta alumbraba poco, pero fue suficiente para que Fulham pudiera ver a la muchacha, ataviada con cazadora de loneta y pantalones vaqueros. Lotte llevaba el pelo atado a la nuca y un bolso que pendía de su hombro izquierdo.

—No pienso cambiarme de ropa para cenar —dijo ella.

—Nadie se lo ha pedido. Así está tan propia como con el mejor vestido de noche.

—Me gustan esos vestidos, no vaya a creer, pero me siento así muy cómoda.

—No lo dudo en absoluto, Lotte —preguntó él, mientras iniciaban la marcha a lo largo del mal iluminado callejón—, ¿quién le dijo que yo era un tipo que vivía a costa de las damas?

—Dejemos el tema, no me agrada en absoluto.

—Quizá otras cosas le gusten más, guapa —sonó de pronto una voz sarcástica a espaldas de la pareja.

Otro hombre añadió:

—¡Quietos! ¡Levanten las manos o les abrasamos!

Fulham obedeció en el acto. Lotte se volvió hacia él.

—¿Ya empiezan sus problemas? —preguntó.

—Hace tiempo que empezaron —respondió él. Y, por encima del hombro, añadió—: ¿Adónde quieren llevarnos, muchachos?

—¿No se lo imagina? —contestó burlonamente uno de los sujetos.

—Caminen hacia el coche que se ve junto a la acera —dijo el otro—. Y no hagan ningún gesto sospechoso o habrá fuegos artificiales.

En el mismo instante, Lotte notó en su espalda el contacto de algo duro. De pronto, se sintió furiosa.

No se lo pensó dos veces. Levantó el pie derecho y golpeó con su tacón el pie del individuo que la encañonaba. Al mismo tiempo, empezaba a girar sobre sí misma hacia aquel lado.

Detrás de ella, se oyó un terrible chillido de dolor. Al girar, el codo derecho de Lotte apartó el arma que se apoyaba contra su espalda.

La chica siguió girando. Mientras lo hacía, levantó el brazo derecho, recto, rígido como una tabla, y el filo de su mano alcanzó el lado derecho del cuello del hampón, derribándolo instantáneamente fulminado.

Fulham, por su parte, no perdió el tiempo. Agachándose rápidamente, puso las manos en el suelo y levantó los pies, disparándolos hacia atrás con terrible potencia. Los tacones alcanzaron un rostro humano, aplastándole la nariz y rompiendo unos

cuantos dientes.

Se oyó un rugido. El otro hampón, desinteresado de su víctima, soltó la pistola y se llevó las manos a la cara. Fulham se incorporó con rapidez y le asestó dos tremendos golpes, uno en el estómago y otro en el mentón, al descubrirlo su dueño, instintivamente.

El sujeto se desplomó como un fardo. Fulham pateó las dos pistolas, lanzándolas al fondo del callejón.

Lotte le miraba de hito en hito.

—Parece que si está en apuros —comentó tranquilamente.

—Habla muy en serio —dijo él—. Pero todavía no han terminado nuestros problemas.

Fulham señaló hacia el coche negro que se divisaba al fondo. Lotte echó a andar resueltamente.

—Quédese aquí —ordenó.

La muchacha llegó a la zona de luz y atravesó la acera. El conductor la miró con indiferencia.

—Allí le llaman —dijo Lotte—. Dicen que es urgente.

El hombre se apeó y corrió hacia el callejón. Cuando quiso darse cuenta de que Lotte estaba tras él, era ya tarde. Las dos manos de la muchacha golpearon su cuello simultáneamente, por ambos lados, haciéndole caer al suelo. No había perdido el sentido, pero se quedó sin fuerzas.

Fulham saltó por encima del sujeto y se reunió con Lotte.

—Es usted admirable —dijo—. ¿Dónde ha aprendido a portarse de semejante manera?

—Me ponían leche de tigresa en el biberón —contestó ella con indiferencia—. ¿Sigue en pie la invitación a cenar?

—Claro.

—Entonces, vamos al... ¿cómo dijo que se llama ese restaurante?

—*Jano's*. Y le aseguro que se come maravillosamente.

—Pronto podremos saberlo.

De pronto, Lotte divisó un coche de patrulla que rodaba lentamente por la calle. Hizo señas y uno de los policías se apeó.

—Oiga, ese callejón está lleno de borrachos. Por favor, hagan una buena limpieza o nos quedaremos sin clientes en el gimnasio.

—Descuide, señorita Lotte —sonrió el policía.

—¿La conocen, eh? —preguntó Fulham poco después, mientras rodaban en su coche hacia el restaurante.

—Claro, yo trabajo en el barrio y ellos lo patrullan.

—Se llevarán un buen chasco cuando se den cuenta de la verdad.

Lotte se encogió de hombros.

—Eso no me interesa en absoluto —contestó—. ¿Puedo saber qué clase de apuro es el suyo?

—Aguarde a que hayamos cenado —dijo él.

Media hora más tarde, Lotte hizo un gesto negativo, a la vez que emitía una respuesta llena de sarcasmo.

—Ni hablar —dijo—. Búsquese a otra que le saque las castañas del fuego. A ver si se cree que voy a ser yo la que solucione su enredos amorosos.

—Pero, Lotte, le estoy diciendo la verdad...

—A mí no me engaña. Esos documentos son cartas que usted ha escrito a la esposa de ese fulano. Ahora quiere cobrarlas, para hacerle chantaje más adelante. ¿Me toma por tonta?

Fulham abrió la boca, estupefacto. En aquel momento, entraban dos personas en el local. Lotte reconoció a una de ellas.

—Hombre, mire su amiga, la señora McCraven. Aunque mejor estaría decir ex-amiga. Según parece, ya ha encontrado sustituto, ¿verdad?

Elynor vio a la pareja y sonrió amablemente, a la vez que hacía una ligera inclinación de cabeza. Lotte contestó con un gesto análogo. Fulham movió un poco la mano.

—Nada, está desbancado, como le pasó con la otra —Lotte emitió una burlona risotada—. De modo que yo tenía que emplearme como doncella, sólo para conseguir unos documentos... con los cuales usted se habría «forrado» al chantajear a la esposa de ese tipo. ¿No es una historia conmovedora?

—Lotte, esto no es cosa de broma...

—No, no lo es; y sólo porque yo soy una chica bien educada, no le tiro el plato a la cara.

La joven agarró el bolso y se puso en pie.

—Terminaré de cenar en casa —se despidió abruptamente.

Fulham extendió las manos, impotente. Al cabo de unos momentos, llamó al camarero y le pidió la cuenta. Entonces vio que Elynor le hacía señas.

Se acercó a la mesa en que estaba la dama con su acompañante.

—Hola —dijo.

—Parece que has fracasado con esa chica —sonrió Elynor.

—No siempre se puede conseguir el éxito —dijo el hombre que estaba sentado frente a la señora McCraven—. ¿Me equivoco. Rex?

Fulham hizo una mueca.

—Se lo ha creído —contestó de mala gana—. ¿Querías algo de mí, Elynor?

—Ya sabes lo que desearía, y también el señor Robertson. Pero me parece que es tanto como ladrar a la luna o golpear la cabeza contra un muro de cemento.

—Sí, algo por el estilo. Adiós, Elynor. Señor Robertson...

Fulham salió a la calle, maldiciendo entre dientes la actitud de la muchacha. Había creído que Lotte aceptaría y se había llevado una enorme decepción. Su jefe, pensó, tendría que idear otro plan para derrotar al hombre que tanto le preocupaba.

—Es un tipo estúpido, vano y engreído —dijo Lotte, junto a la ventana, mientras se cepillaba el pelo enérgicamente—. Vamos, pensar que iba a aceptar su plan, sólo para sacarle los cuartos a su amante...

—¿Te lo dijo con claridad? —preguntó Tessa, muy ocupada en tejer un pullover con unas lanas de horribles colores.

—No, pero se dejaba ver en seguida. Lo admito, querida; me he llevado un enorme chasco con ese príncipe azul. Es un vulgar explotador de mujeres... A saber cuántas habrán caído en sus redes, sólo para darse cuenta demasiado tarde de que sólo buscaba su dinero.

—La vida es así, no le des más vueltas —dijo la otra filosóficamente—. Aunque por otra parte... ¿no hay hombres que pagan a las mujeres? ¿Por qué no puede haber mujeres que paguen a los hombres?

—Sí, lo sé, y eso pasa mucho, pero nunca sospeché que él fuese de esa clase de tipos. En fin, más vale no hablar del asunto.

—Lotte, de todos modos, hay algo que me intriga. ¿Por qué os atacaron en el callejón?

—Ah, no lo sé seguro. Él dio unas excusas que no me convencieron. A lo mejor, un esposo despechado había pagado a unos matones, para que le dieran un buen escarmiento. Quizá pensaron que yo era su cómplice... Eso no me preocupa en absoluto, Tessa.

Súbitamente, Lotte dejó de mover el cepillo, a la vez que lanzaba una exclamación de asombro.

—¿Qué ocurre? —preguntó la otra.

—Ese tipo... Lo vi anoche en el callejón... Si, es el chófer del automóvil y va a entrar en nuestra casa...

—¡Oh. Dios mío! —se aterró Tessa—. Habrá que llamar a la policía...

—Espera —dijo Lotte—. Quizá se trate sólo de una coincidencia. Tal vez no venga a mi apartamento... Tessa, ve al dormitorio y no te muevas de allí hasta que te lo indique.

La rubia no necesitó que se lo repitieran dos veces. Lotte corrió hacia la puerta y la entreabrió ligeramente.

A los pocos momentos, Lotte vio al chófer adentrarse por el corredor. El sujeto pasó por delante de ella sin advertir que era espiado. Lotte se arriesgó a asomarse un poco más y entonces vio que el hombre introducía una llave en la puerta.

Pero lo hacía con la mano izquierda. La derecha, observó, estaba metida en el interior de la chaqueta.

El chófer desapareció al otro lado de aquella puerta. Lotte salió de su apartamento, corrió hacia allí y abrió. El chófer estaba de espaldas a ella, apuntando con la pistola a un individuo sentado en un sillón.

El hombre sentado tenía una cara de miedo espantosa. Antes de que pudiera decir nada, la pistola del chófer escupió un ligero chasquido.

CAPÍTULO IV

Lotte creyóse a punto de desfallecer. Aquello era, pura y simplemente, un asesinato. El hombre que estaba sentado pareció ir a levantarse, sacudido por una terrible convulsión, pero volvió a caer desplomado sobre el sillón y no se movió ya más.

Lotte dio un salto hacia atrás. El asesino guardó la pistola, dio media vuelta y se encaminó tranquilamente hacia la puerta.

Abrió con precaución y miró a su izquierda. No había nadie. Al volverse hacia la derecha, dos dedos, disparados como la lengua de una serpiente, golpearon sus pupilas.

El chófer lanzó un bramido de dolor. Cegado momentáneamente, manoteó con desesperación, tratando de sacar la pistola.

Lotte le golpeó con todas sus fuerzas en la muñeca derecha. Se oyó un aterrador chasquido al romperse un hueso en aquel punto. El asesino cayó de rodillas y Lotte remató la operación con un seco rechazazo, también de filo, a la nuca del sujeto.

El asesino se desplomó. Lotte sabía que permanecería inconsciente durante un buen rato.

La joven vaciló un instante. Luego, movida por un irrefrenable impulso, penetró en el apartamento. Tal vez podía hacer algo por la víctima...

Procuró dominarse al ver la sangre que fluía del centro de su pecho. Meneó la cabeza. Aquel pobre individuo ya no tenía salvación.

Repentinamente, el hombre alzó la cabeza. Lotte estuvo a punto de lanzar un chillido de terror.

Los ojos del agonizante estaban velados ya por la inminencia de la muerte. Inmóvil, morbosamente fascinada, Lotte vio que el hombre entreabría los labios.

—Bucker... Falls... Greal... Pine...

La cabeza del sujeto se desplomó bruscamente. Lotte comprendió que ya no se podía hacer nada por el desgraciado.

Salió corriendo del apartamento. El asesino continuaba sin sentido. Fue al teléfono de su casa y llamó a la policía.

Después de colgar el teléfono, lanzó un grito:

—¡Tessa! ¡Ya puedes salir!

La rubia asomó con cara aprensiva.

—¿Se ha marchado ya? —preguntó.

—No; se lo llevarán en seguida —sonrió Lotte.

Después de la clase, Lotte, ataviada aún con las ropas adecuadas, hizo una profunda reverencia al hombre que tenía frente a sí.

—Hace usted progresos rápidamente, señor Evans —sonrió—. Si continúa así, pronto perderemos un alumno.

—Pero habrán ganado un amigo —contestó el otro.

—No me cabe la menor duda...

Alguien lanzó un poderoso grito:

—¡Lotte, teléfono! —llamó uno de los empleados del gimnasio.

—Discúlpeme, señor Evans —dijo la muchacha.

—No faltaría más, señorita.

Lotte fue a la cabina y asió el teléfono.

—Soy Lotte Braddon —anunció.

—Encanto, parece que duran los efectos de la leche de tigresa que tomabas durante la lactancia, ¿verdad?

Ella se puso rígida.

—¡Rex!

—El mismo que habla contigo, aunque tenga la desgracia de no poder verte. Ya se ha inventado el videófono, pero aún no es de uso común.

—De lo cual me alegro infinito. ¿Sólo me llamas para eso?

—Y para felicitarle, claro. Gracias a ti, pudo ser detenido el asesino de Pip Dewster. Un tipo peligroso, según he podido leer en los periódicos.

—Le vi casualmente cuando llegaba a mi casa. En el primer momento, pensé que venía a desquitarse.

—¿Y después?

—Como me preparé para rechazar su posible ataque, le vi que iba al apartamento de Dewster. Pero, por desgracia, llegué tarde, justo cuando apretaba el disparador.

—Y le aguardaste en el pasillo.

—Exactamente.

—Lotte, serías la persona indicada...

—No insistas. He dicho que no. Si tienes problemas con la esposa de ese tipo, arréglatelas como puedas, pero no cuentes conmigo.

—Muchacha, yo no he mencionado jamás a la mujer de ese fulano —protestó Fulham.

—Pero se te nota. Se advierte casi en el acto. No, no tengo ganas de tomar parte en tus trapacerías.

—Te aseguro que estás equivocada...

—Puede, pero prefiero esta equivocación a la que tú me propones.

—Está bien —dijo Fulham, resignado—. No volveré a decírtelo, pero... ¿no aceptarías cenar conmigo esta noche?

Lotte dudó un momento. Luego dijo:

—¿Qué te pasa? ¿No hay alguna pájara rica en perspectiva?

—Hombre, en estos tiempos...

—Sí, claro, hay mucha competencia —dijo ella burlonamente—. De todos modos, gracias por la invitación.

—Entonces, ¿no aceptas?

—Una vez cené contigo y luego tuve que hacer lo que nunca había hecho en mi vida.

—Lamentar no haber terminado la cena, ¿verdad?

—No, tomar bicarbonato.

Lotte colgó el teléfono y dio una patada en el suelo. ¿Por qué tenía que ponerse furiosa cada vez que hablaba con Fulham? ¿Qué podían importarle a ella sus trapicheos y sus asuntos nada claros con damas maduras y ricas?

Todavía nerviosa, fue a la ducha. Al terminar, mientras se secaba, fijó la vista en un espejo «Si fuese más guapa, ibas a ver lo que es bueno, Rex Fulham», pensó. Sería delicioso hacer que el joven se enamorase de ella y cuando estuviese loco hasta el tuétano de los huesos, enviarlo a paseo.

Pero no eran más que sueños vanos, se dijo tristemente.

Y empezó a vestirse para regresar a su casa y preparar la excursión de fin de semana con su inseparable amiga Tessa Jameson.

Minutos más tarde, abandonaba el edificio. Abrió su coche, sentóse tras el volante, dio el contacto y arrancó. Segundos más tarde, sintió algo frío en la base del cuello.

—Esta vez no habrá trucos, preciosa —dijo el desconocido—. A mí no me sorprenderás como al estúpido de Hal Cornell. Si haces un solo gesto sospechoso, si no obedeces exactamente mis indicaciones, haré que tus sesos salpiquen el parabrisas.

El coche se adentró por un parque oscuro, rodando a lo largo de un camino enarenado, flanqueado por árboles de copa frondosa. Casi de repente, desapareció la oscuridad. Lotte vio que se hallaba en una explanada bien iluminada, situada frente a una casa de lujosa apariencia, la mayoría de cuyas ventanas estaban asimismo

iluminadas.

—Frene ya —ordenó el hombre de la pistola.

Dos sujetos salieron corriendo de la casa. Antes de que Lotte pudiera hacer el menor gesto, sintió que le sujetaban las muñecas con unas esposas. Luego, sin contemplaciones, fue extraída del automóvil y conducida en volandas al interior de la casa.

Instantes después, se hallaba en un gran salón, elegantemente decorado, en cuya chimenea ardían un par de troncos. Un hombre estaba sentado, leyendo el periódico, y se levantó al ver entrar a la muchacha.

Era un individuo de unos cuarenta y cinco años, de complexión tendente a la gordura, medio calvo y con un gran mostacho de guías caídas. Vestía una chaqueta de terciopelo, color vino, y pañuelo blanco de seda, anudado al cuello.

—Vaya —dijo el sujeto—, conqué ésta es la famosa heroína que ha sabido derrotar a tipos de la categoría de «*Malacara*», Schaffer y Cornell. Bienvenida a mi humilde morada, señorita Braddon. Soy Bodo Hallman, su admirado e incondicional servidor.

Lotte apretó los labios. Hallman sonrió de nuevo.

—La verdad es que la imaginaba alta, hombruna, atlética... Nunca sospeché que fuese una muchacha de aspecto casi frágil, tan esbelta... Señorita Braddon, ¿sabe que tiene el tipo ideal para maniquí? Y ese rostro, un tanto exótico... Si, tendría un éxito fenomenal, se lo garantizo.

Mientras hablaba, Hallman se acercaba a un bien provisto bar y llenaba dos copas.

—No quiero arriesgarme a soltarle las manos —dijo—. Conozco sus habilidades en la lucha personal y no tengo ganas de que me juegue una mala pasada. Ah, vosotros dos —ordenó a los esbirros—, aguardad fuera. Ya os llamaré, si es necesario.

Los dos hombres desaparecieron. Hallman puso una copa en las manos de la muchacha.

—Aunque esté esposada, puede beber —dijo. Asió su brazo izquierdo y la empujó suavemente hacia un enorme sillón—. Creo que así hablaremos con más comodidad, los dos, cerca del fuego y saboreando este magnífico coñac francés. ¿Le gusta?

—No suelo beber, pero tampoco me gusta desairar a mi anfitrión. Aunque esté aquí como invitada a la fuerza —dijo Lotte tranquilamente.

—Lo siento —respondió el dueño de la casa—. Me imaginé que no querría venir voluntariamente, de modo que tuve que enviar a uno de mis mejores sabuesos para convencerla de que aceptase mi invitación.

—¿Acaso piensa dar una fiesta esta noche?

—Oh, no, claro que no. Es una invitación a hablar, a conversar de ciertos temas que nos interesan a ambos...

—No creo que existan esos temas. Usted y yo no tenemos nada en común, señor Hallman.

El dueño de la casa movió ligeramente su copa balón.

—Se equivoca, señorita Braddon —corrigió apaciblemente—. Tenemos un tema en común: Hal Cornell.

Lotte fijó su vista en la copa. Ahora comprendía los motivos de su estancia en la casa. ¿Tenía Hallman alguna relación con el ataque sufrido en el callejón?

Era lo más probable, se dijo. Pero lo mejor era dejarle que siguiera hablando. Ya tendría tiempo de adoptar una decisión.

—Es el hombre que asesinó a Dewster —dijo al cabo.

—Según parece, así fue. Cornell está muy resentido conmigo. Yo no puedo hacer nada en su caso. Lo pescaron poco menos que *in fraganti* y por si fuese poco, está su declararen, señorita Braddon.

—Irà a presidio por el resto de sus días. Y puede que usted le acompañe.

—¿Yo? Cornell hizo algo verdaderamente reproable, pero por su propia cuenta. Nunca se me ocurriría enviarle a asesinar a otra persona, ni a él ni a ninguno de mis empleados.

—Diga mejor matones. Me parece haber reconocido a uno de ellos. Hace algunas noches, me atacaron en un callejón. ¿Va a decir ahora que actuaban por propia iniciativa?

—Amenazar a una persona no es lo mismo que darle muerte, señorita.

—Son opiniones. Pero yo no tengo nada que ver con Cornell...

—Con Dewster, sí.

Lotte frunció los labios.

Empezaba a comprender. Hallman la había llevado hábilmente al terreno por él deseado.

Y el caso era que no había dicho nada a la policía, ni tampoco se explicaba por qué había callado que Dewster había pronunciado unas palabras unos segundos antes de morir. Tal vez por evitar un interrogatorio demasiado largo, acaso por temor a no ser creída...

—¿Con Dewster? —repitió.

Hallman juntó las yemas de sus dedos, con plácido ademán.

—Mi querida señorita Braddon, puede que le resulte increíble, pero sé que usted, tras derribar a Cornell, entró en el apartamento de Dewster y estuvo con él casi un minuto. No le diré quién ha sido, pero sí le conviene saber que uno de mis hombres investigó hoy en su casa

y consiguió que se lo dijera uno de los vecinos, que lo vio todo desde la puerta de su piso. Dewster no murió instantáneamente, aunque duró muy poco después de recibir el balazo que le disparó Cornell. Dewster, en suma, sabía algo que me interesaba enormemente y eso es lo que yo quiero que usted me diga ahora mismo.

—Mi querido señor Hallman —contestó Lotte, remedando a su interlocutor—, si Dewster sabía algo muy importante para usted, ¿por qué lo asesinaron? Los muertos no hablan, me parece.

—Ya le dije que Cornell actuó por propia iniciativa y, desgraciadamente, de un modo contraproducente. Quiso hacerme un favor y, en realidad, metió la pata.

—Ah, todos los que asesinan a una persona le hacen favores.

Hallman dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Déjese de ironías! —bramó—. Conteste a lo que le pido. ¿Qué le dijo Dewster?

Lotte hizo una profunda inspiración.

—Está bien. Puesto que se pone tan exigente... Segundos antes de morir, me miró tiernamente y dijo: «La muerte no me parece ahora tan dura. Casi me gusta, teniéndote a ti a mi lado. Cuando me hayan enterrado, lleva violetas a mi tumba; siempre fueron mis flores favoritas. Y a mi pobre padre, ese ángel de bondad que tanto ha padecido por mí, dile que esto me pasa por no haber seguido sus santos consejos y ruégale me perdone los disgustos que le he dado constantemente. Dile también que si hubiese seguido sus virtuosas recomendaciones, ahora sería yo un honrado y digno oficinista, en una poderosa compañía de Seguros...»

A medida que la muchacha hablaba, se iba congestionando el rostro de Hallman, quien comprendía ya la burla de que era objeto. De nuevo volvió a dar otro puñetazo sobre la mesa, con tanta fuerza, que la mayor parte de los objetos que había encima saltaron casi un palmo en el aire.

—¡Basta! ¡Basta! —aulló el individuo—. Muñeca, si crees que puedes burlarte de mí, estás muy equivocada. Yo te demostraré que no hay nadie que me tome el pelo y, te guste o no, me dirás lo que Dewster te dijo antes de morir. ¡Jupp! ¡Duffy! —tronó Hallman.

La puerta del despacho se abrió casi en el acto. En el mismo momento, se oyó un tremendo estrépito de vidrios rotos y un hombre irrumpió en la habitación, a través de una de las ventanas.

Lotte se quedó estupefacta.

—Atiza, si es el *play-boy* —exclamó.

CAPÍTULO V

Rex Fulham entró de mala manera, venciéndose hacia adelante, como si hubiera perdido el equilibrio. Desesperadamente, trató de agarrarse a alguna cosa, pero lo único que consiguió fue derribar un artístico pedestal de cerámica, que sostenía un enorme jarrón de porcelana. El pedestal y el jarrón se rompieron con atronador estrépito. Fulham, en su caída, perdió el revólver que empuñaba, que fue a parar bajo la mesa de despacho.

Hallman se había levantado rápidamente, retrocediendo un par de pasos, asustado por la inesperada irrupción de joven. Sus dos esbirros, sin embargo, reaccionaron con gran rapidez.

Jupp Keynee corrió hacia el recién llegado y, agarrándole con una mano por el cuello, le puso la pistola en la sien, Duffy Martin hizo algo parecido con la muchacha.

—No te muevas, muñeca, o te abraso —amenazó torvamente.

Hallman empezó a reaccionar.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó.

Fulham emitió una sonrisa de circunstancias.

—Me llamo Pete Jones...

—¡Y yo soy el Presidente! —tronó Hallman—. Escuche, no tengo ganas de bromas... —se volvió hacia la muchacha—. Usted le conoce. Dígame quién es.

Lotte se puso las manos en el pecho.

—¿Que yo conozco a ese individuo? ¿Por quién me ha tomado señor Hallman? ¿Acaso cree que me codeo con los amigos de lo ajeno?

—Ese hombre no es un ladrón —dijo Hallman, congestionándose de nuevo.

—Si, señor; soy ladrón y a mucha honra —protestó el joven—. Si todas las riquezas estuviesen mejor repartidas, los hombres dignos no necesitaríamos robar a los que tienen todo, mientras otros carecen de lo más indispensable. Yo, por ejemplo, tengo que comprar una medicina muy cara a mi santa madre...

—¡No, no! —rugió el dueño de la casa—. No me cuente su historia de la lástima. Cállese o no respondo de mí.

—Pues si usted no responde de usted, ¿quién responderá de usted? —dijo Lotte irónicamente.

Dos hombres más llegaron en aquel momento, atraídos por el escándalo. Hallman trató de recobrar la compostura.

—Jupp, ya sabes lo que habíamos pensado si la chica se regaba a contestar. Llévala allí y que te acompañe Bill. Cuidado con ella, es muy peligrosa.

—Descuide, jefe —contestó Keynee.

—Yo voy a tener un ratito de charla con este «mendigo». ¡Quizá

así me entere de lo que... quería robar en esta casa.

Keynee y el otro sacaron en volandas a la muchacha. Lotte se vio encerrada en una habitación situada en el sótano antes de que pudiera casi darse cuenta de lo que pasaba.

La puerta de su calabozo se cerró con seco estampido, que tenía mucho de metálico. Lotte supo así que, pese a su cubierta de madera, tenía un forro interno de acero, que la convertía en invulnerable.

Por fortuna, había luz y ello le permitió ver una cama, un par de sillas y un pequeño cuarto de baño. Pero ninguna de las dos estancias tenía ventanas que diesen al exterior. Sin embargo, pudo apreciar los huecos de los conductos de aireación, sólidamente protegidos por rejillas muy bien sujetas a sus marcos, los cuales, a su vez, estaban empotrados en el cemento. Así supo que la evasión era algo en lo que no cabía soñar siquiera.

La puerta del calabozo se abrió de pronto y un hombre fue arrojado sin ceremonias a su interior. Desde el umbral Martin sonrió perversamente.

—Luego vendremos a buscarte, guapa —anunció.

Lotte estaba sentada en la cama y contempló al hombre que yacía hecho un ovillo sobre el suelo de cemento, quejándose sordamente. Cuando la puerta se cerró, se puso en pie y fue a arrodillarse junto a Fulham.

El joven abrió un ojo y trató de sonreír.

—Me han pegado duro —dijo.

—Tienes un aspecto horrible —contestó ella—. Espera, ni te muevas.

Fue al baño, mojó una toalla y regresó junto a Fulham limpiándole la sangre que manchaba su mentón y parte de la mejilla izquierda. Fulham se quejó levemente. Ella procuró restañar la sangre que brotaba del lado izquierdo de su labio inferior, partido a consecuencia de un brutal golpe.

Al fin, Fulham consiguió sentarse en el suelo.

—Le tomaron gusto —dijo.

—¿Por qué te zurraron?

—No se creyeron la historia del robo que no llegué a cometer —respondió Fulham—. En consecuencia, trataron de hacerme hablar.

—Podías haberles dicho lo que habías venido a buscar. Tal vez te lo hubieran dado.

—Pero si yo no buscaba nada...

—¿Cómo que no? ¿No es ésta la casa donde tenía que colocarme como doncella?

—Increíblemente, sí.

—Y una vez me hubiese ganado la confianza de los amos, yo tenía que enterarme dónde están las cartitas que escribías a la señora Hallman, para luego hacerle chantaje. ¿No es cierto?

Fulham se pasó una mano por la cara. Rozó uno de los sitios golpeados y lanzó un ligero gemido.

—Tienes una fantasía desbordante. Jamás he visto a la señora Hallman ni me he carteadado con ella en los días de mi vida —contestó.

—Entonces, ¿por qué querías que tomase ese empleo de doncella?

—Puesto que no aceptaste, ¿para qué contártelo?

—Quizá tengas razón. No vale la pena —dijo Lotte con indiferencia—. Por cierto, ¿qué te pasó? Irrumpiste como un elefante borracho en una cacharrería...

Fulham sonrió de mala gana.

—Bueno, yo estaba en pie, sobre el antepecho de la ventana. Me disponía a alzar el bastidor, pero al antepecho es inclinado y resbalé de súbito. Caí, perdí el revólver...

Lotte se echó a reír.

—No puedes imaginarte el aspecto tan cómico que tenías al caer —dijo—. Es la cosa más divertida que he visto en los días de mi vida.

—Pues no tiene nada de gracioso —refunfuñó él—. A poco que nos descuidemos, Hallman nos va a dar un disgusto.

Fulham se levantó, fue al baño, se lavó un poco y regresó minutos más tarde. Se acercó a la muchacha y sacó algo del bolsillo. Lotte, asombrada, vio que era una llave para esposas.

—Eh, ¿cómo tienes tú ese chisme? —exclamó.

—Un buen ladrón siempre tiene que estar prevenido —contestó el joven—. En cualquier momento, un «poli» le echa el guante y...

Ella le miró recelosa.

—Fingiré que te creo, pero no es así. Oye, ¿cómo llegaste tan oportunamente?

—La verdad es que fui a buscarte, para llevarte a cenar. Pero vi que te secuestraban y decidí seguir al coche en que te llevaban. Y, si eres capaz de creermelo, te diré que vine a rescatarte. Ahora, tómallo como quieras, pero es lo único cierto.

—Está bien, Rex te lo agradezco muy sinceramente. Has venido a rescatarme..., pero, ¿te has dado cuenta de la situación en que estamos?

Fulham se paseó por el calabozo, examinándolo con gran atención. Pasados unos minutos, se volvió hacia ella.

—La única forma de salir de aquí es cuando uno de los matones de Hallman abra la puerta —dijo al cabo.

—¿Y atacarle, sin armas?

—¿Me permites que explique mi plan?

Lotte movió la mano.

—Adelante —accedió con expresión benevolente.

—De modo que por eso te secuestraron —dijo Fulham, un rato más tarde.

—Sí, en efecto.

—Y, ¿qué dijo Dewster?

—«Me pica el dedo gordo del pie izquierdo».

Fulham se enderezó ligeramente.

—No creo que en aquellos momentos estuviese sintiendo picores en el dedo gordo —dijo.

—¿Y si los sentía?

—¡Lotte! ¿Cuándo vas a sentar la cabeza? ¿Es que no te das cuenta de que esto es más serio de lo que parece?

—Si, lo sé. Pero Dewster no me dijo nada.

—Estás mintiendo. Hallman no te habría traído aquí, si no lo supiese de seguro.

De pronto, Lotte se sintió muy enojada.

—Ese asqueroso...

—¿Cómo? ¿A quién te refieres? —preguntó Fulham.

—Estoy hablando de un tipo que se pasa el día tratando de vernos a Tessa o a mí en paños menores o, mejor aún, sin paños de ninguna clase.

—Un mirón, vamos.

—Si, nuestro vecino, el desagradable Sam Frow, a quien, por si fuese poco, le huele el aliento que tira de espaldas.

—Pero, ¿qué tiene que ver Frow con lo que te pasa? —preguntó el joven, lleno de estupefacción.

—Pues tiene que ver...

De repente, se oyó un leve chirrido en la cerradura, Lotte se interrumpió súbitamente.

—Ahí están —susurró.

Fulham cerró los ojos. Lotte se sentó en una silla, a poca distancia de la puerta.

Alguien la abrió desde el otro lado y dio un par de pasos en el interior del calabozo. De pronto, vio a Fulham tendido en la cama, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados, y respingó.

—Eh, ¿qué diablos le pasa a este tipo? —exclamó Duffy Martin.

—Ha muerto —contestó Lotte, con el tono más lúgubre que pudo encontrar.

—Diablos... Pero eso no puede ser... Estaba tan sano como una manzana...

—Le falló el corazón. Por lo visto, alguien se pasó sacudiéndole de lo lindo y su corazón no lo pudo resistir.

—Parece increíble... ¿Has oído, tú?

Ely Grobben, desde la puerta, hizo un gesto de aquiescencia. Martin avanzó unos pasos, se acercó a la cama y se inclinó ligeramente, a la vez que ponía la mano sobre el pecho del «difunto».

Entonces, Fulham «resucitó». Agarró el brazo de Martin, tiró de él hacia sí y, al mismo tiempo, alzó el codo derecho con todas sus fuerzas.

Simultáneamente, Lotte se ponía en pie. Mientras se incorporaba, efectuó un movimiento de giro y agarró la silla por el respaldo, para volverse con velocidad relampagueante hacia el otro hampón.

La silla pareció explotar, deshaciéndose en multitud de astillas que volaron por todas partes. Grobben lanzó un gruñido y se desplomó sin conocimiento.

Mientras, Fulham y el otro continuaban su pelea, con desventaja para el joven, tanto por su postura, como por los golpes recibidos, de los que no se sentía aún plenamente repuesto. Lotte corrió en ayuda de Fulham.

En aquel instante. Martin se disponía a descargar un terrible golpe con el puño. Lotte le tocó en el hombro.

—Deja, yo me encargo de él —dijo con voz gruesa.

Martin cayó en la trampa y se volvió un poco. Ella le golpeó con el canto de la mano en la faringe. Fue un golpe bien medido, lo suficiente para dejarlo fuera de combate; de haber empleado todas sus fuerzas, lo habría matado instantáneamente.

Fulham saltó sobre la pistola de Martin, que estaba en el suelo, y miró sonriendo a la muchacha.

—¡Al fin, libres! —exclamó.

—Todavía tenemos que llegar al exterior —dijo ella.

—Llegaremos —afirmó Fulham—. Pero espera un momento. Quiero que te pongas las esposas de nuevo.

Lotte respingó.

—Estás loco...

—Te daré la llave, para que puedas soltarte tú misma en el momento en que lo desees. Pero es necesario que lo hagas.

—Antes no me he expresado bien —dijo Lotte—. Soy yo la que está loca al aceptar una proposición tan disparatada.

Y tendió las muñecas, que Fulham encerró de nuevo con las argollas de metal. Luego quitó la pistola al otro matón y la empujó hacia la salida.

—No temas —murmuró—. Todo saldrá bien.

—Me siento tan optimista como un pavo en vísperas de Navidad —contestó ella con amargo humorismo.

CAPÍTULO VI

Fulham tenía una pistola en la pretina de los pantalones y la otra en la mano derecha. Con la izquierda, sujetaba el brazo de la muchacha.

Subieron una escalera angosta, de peldaños muy empinados, y aparecieron en el vestíbulo. Un hombre les vio y trató de sacar su pistola.

Fulham hizo fuego. El sujeto se desplomó, aullando ferozmente.

—No te quejes tanto, idiota; sólo es una pata rota —dijo el joven con acento burlón.

La puerta del despacho se abrió violentamente. Hallman apareció en el umbral, seguido de una rubia de cuerpo exuberante, de unos treinta y cinco años y que parecía mortalmente empeñada en una lucha contra la celulitis, lucha que Lotte estimó perdida irremisiblemente.

—¡Maldición! —dijo Hallman.

—Tiene usted unos guardaespaldas que son un verdadero asco —rió Fulham—. Sólo son buenos para pegar a un hombre indefenso, pero en cuanto se necesita usar el cerebro... Bueno, la culpa no es suya, si lo tienen de mosquito.

Hallman entornó los ojos.

—¿Se lleva a la chica?

—Me la llevo. Ella me dirá a mí lo que a usted no quiso decirle.

—¿Cómo piensa conseguirlo?

—Me seducirá —respondió Lotte con todo desparpajo—. Lo mismo que sedujo a su esposa.

La rubia lanzó un grito sofocado.

—¿Que está diciendo esa histérica? —protestó.

—No sé qué tiene este hombre, pero conquista a toda mujer que se le pone a tiro. Señora Hallman, le aconsejo rompa todas las cartas que le escribió este despreciable Casanova.

Hallman se volvió hacia su esposa.

—De modo que tú y él...

—No seas estúpido. No le he visto en los días de mi vida —contestó violentamente la señora Hallman.

—Pero hay unas cartas...

—Estás loco. Jamás me escribió una sola sílaba. Te lo juro, Bodo; todo es una invención de esa zorra...

Hallman, furioso, asestó una bofetada a su mujer. Ella le correspondió inmediatamente y, después de golpearle, empezó a arañarle la cara, mientras se cruzaban entre ambos los más atroces insultos.

—Rex, sácame de aquí —pidió Lotte—. Mis castos oídos se

sienten lastimados al oír semejantes palabrotas.

Fulham la empujó sin demasiadas ceremonias hacia la salida.

—Me dan ganas de tirar la llave de las esposas —gruñó.

—Para eso, tendrías que pasar por encima de mi cadáver. Las tengo yo, ¿recuerdas?

El coche de Lotte estaba en la puerta. Ella se sentó tras el volante y se liberó de una de las esposas. Dio el contacto y observó con satisfacción que el motor arrancaba sin dificultades.

Mientras, Fulham miraba a derecha e izquierda, vigilando los alrededores, para evitar un posible ataque por parte de otros guardaespaldas de Hallman. Cuando oyó el ruido del motor, dijo:

—Está bien, vámonos...

Se quedó con la palabra en la boca. Lotte arrancó como un cohete, dejándolo plantado ante la puerta principal del edificio.

—¡Espera! —gritó él—. No puedes abandonarme aquí...

Ella sacó el brazo por la ventanilla.

—Saludos a la señora Hallman —contestó burlonamente.

Fulham puso sus manos en los costados. Miró un instante hacia la casa.

El herido continuaba chillando. Hallman y su mujer parecían cada vez más entusiasmados en su pelea conyugal. Maldiciendo entre dientes. Fulham buscó la zona más oscura, para llegar al sitio donde había dejado estacionado su coche.

Tessa tenía los ojos dilatados por el asombro y, con la boca completamente abierta, parecía la viva estampa del pasmo total.

—Hija, qué cosas te suceden a ti —dijo al fin, cuando Lotte hubo terminado de explicarle sus aventuras al día siguiente—. Yo creía que eso sólo pasaba en las películas...

Lotte se sentía desazonada y paseaba nerviosamente por la salita de su apartamento.

—Empiezo a encontrarme a gusto —confesó—. No sé, pero desde el día en que se me ocurrió encerrar a cuatro atracadores en aquel montacargas inutilizado, no cesan de ocurrirme cosas, cada vez más peregrinas.

—Es una vida constante de aventuras. ¡Cómo te envidio! —suspiró la rubia—. En cambio, yo, ya ves, la rutina de todos los días... Claro que el señor McVeinn me mira con ojos de carnero degollado... Y no está mal, no vayas a creer. Aparte de que es jefe de departamento...

—Y es viudo y tiene tres hijos.

—A mí siempre me han gustado los niños —dijo Tessa, con los

ojos bajos—... Y, ¿qué quieres?, sí, sé que estoy bien de físico, pero sólo para que los hombres me digan barbaridades... En cambio. McVeinn es tan correcto, tan educado y atento... Y sólo tiene treinta y cuatro años, ¿sabes? Me lo confesó ayer; hasta me invitó a almorzar con él.

—Entonces —sonrió Lotte—, nada, adelante, a ver si te vemos pronto convertida en la señora McVeinn.

—Y a ti. ¿ya no te dice nada el príncipe azul?

Lotte hizo una mueca.

—Ya le dije que me había decepcionado y sabes los motivos. Además, es un ladrón.

Tessa lanzó un hondo suspiro, que estuvo a punto de reventar la blusa que cubría tan ajustadamente su opulento busto.

—No se puede una fiar de los hombres —comentó melancólicamente.

—A menos que se llamen McVeinn —sonrió la muchacha, sin abandonar sus paseos.

De pronto, se detuvo un instante, con la vista fija en un punto de la estancia.

En aquel lugar había cierta penumbra, debido a que la lámpara que había allí estaba apagada. Lotte creyó ver un puntito brillante en la pared.

Frunció el ceño. Para comprobar mejor las sospechas que la habían asaltado súbitamente, encendió un cigarrillo y, como al descuido, lanzó el humo en aquella dirección.

El rayo de luz que brotaba de aquel punto se hizo claramente visible al iluminar las volutas de humo. Lotte se sintió a punto de lanzar una violenta interjección, pero logró contenerse a tiempo.

—Tessa, querida —dijo.

—¿Qué pasa, Lotte?

—Esa blusa no te sienta nada bien.

—Pero... a mí me gusta...

—Anda, quítatela. Tengo otra en mi dormitorio y quiero que te la pruebes. Y la falda... ¡Es sencillamente horrible!

—Lotte. ¿quieres decir que no... no voy bien vestida?

—Si tienes ganas de pescar a McVeinn, tendrás que aprender a vestirte un poco mejor. Anda, dame la blusa y la falda.

—Está bien, como quieras...

Tessa se despojó de las prendas mencionadas, quedando solamente con el sostén, las bragas y el portaligas. Lotte se llevó la ropa, pero en lugar de ir a su dormitorio, fue a la cocina, en donde llenó de vinagre una jeringa que tenía para adornar con crema los pasteles que cocinaba en alguna ocasión.

Al regresar, vio a Tessa en pie, casi justo frente al minúsculo

orificio. Ahora ya no se veía el rayo de luz, lo cual indicaba que había alguien observando desde el otro lado del tabique.

Rápidamente, con gesto totalmente inesperado, corrió hacia el agujero y lanzó a su través todo el vinagre contenido en la jeringa. Al otro lado se oyó un chillido de dolor.

—¡Es ese cerdo de Sam Frow! —gritó la muchacha, a la vez que corría hacia la puerta—. El muy canalla hizo un agujero y se hartaba de espiarnos...

Salió del apartamento como una furia, llegó ante la puerta del vecino y abrió sin molestarse en llamar.

El inquilino, un hombre de mediana edad y casi completamente calvo, daba vueltas por la sala, aullando de dolor, a causa del chorro de vinagre que le había alcanzado en el ojo. Lotte se acercó a él y le propinó una sonora bofetada, que le hizo dar una vuelta sobre sí mismo, antes de caer sentado sobre un sillón.

—Esto por mirar a través del tabique —exclamó—. Ahora mismo, en cuanto me marche, tape ese agujero o llamaré a la policía, ¿me entiende? ¡Tío asqueroso...!

De pronto Lotte se interrumpió.

Sintió frío.

Frow no estaba solo. Al fondo, tras unas cortinas, había un individuo escondido.

Las cortinas ofrecían un aspecto normal, pero ella las había visto moverse ligeramente. Bajo el borde inferior, asomaban los pies de un hombre.

Seguramente, le apuntaba con una pistola. Tragó saliva y procuró mantenerse serena. Con el índice, apuntó al aturdido Frow y dijo:

—¡Espero que esto le sirva de lección! ¡Quiero ver el agujero tapado ahora mismo! O llamaré a la policía dentro de diez minutos.

Dio media vuelta y salió, taconeando vivamente, con el miedo a la espalda. Entró en su apartamento y cerró con llave y cadena.

Tessa se había vuelto a vestir.

—De modo que lo hiciste para atrapar a ese sátiro —exclamó.

—Sí, y además es un espía de Hallman —contestó Lotte a grito pelado—. Quieren saber lo que me dijo el pobre Dewster antes de morir. Pero si era una tontería; él dijo que el asunto estaba en el sótano de la calle Providence, en el número ochocientos ochenta y uno...

Tessa volvía a tener la boca abierta.

—Y a mí, ¿qué me importan los negocios de esa gente? —añadió la muchacha—. A ver si se creen que voy a ir a la calle Providence...

Tessa fue a hablar, pero su amiga se puso rápidamente un dedo sobre los labios, imponiéndole silencio. La rubia asintió quedamente.

Pasaron algunos segundos. Se oyó algo de ruido en el

apartamento vecino.

Lotte se situó junto a la ventana. A los pocos momentos, vio salir corriendo a un individuo, que se metió en un coche y arrancó a toda velocidad.

—Ha picado —dijo satisfecha.

—Lotte, querida, te juro que no entiendo nada de lo que está pasando —manifestó su amiga.

—Y más te vale seguir así, en esa bendita ignorancia, porque de otro modo, no ganarías para disgustos.

Lotte se acercó al lugar donde estaba el agujero y comprobó que, efectivamente, había sido tapado ya. Luego corrió a su dormitorio y empezó a preparar una maleta.

—Pero, ¿es que te marchas? —exclamó Tessa, que iba de sorpresa en sorpresa.

—Si. Estaré fuera algunos días. Creo que me conviene cambiar de aires, querida.

—Está bien, pero al menos, dime adonde te vas, por si necesitase decirte algo...

—Oh, no, no te lo diré; así te libraré de contratiempos. Lo mejor es que sigas ignorante de mí paradero.

Lotte frunció el entrecejo.

—Creo que me sentará bien esta temporada de descanso —añadió.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente, por la mañana. Lotte salió de la cabaña en la que había pernoctado y, con el albornoz y el traje de baño en una bolsa, emprendió el camino a través del bosque.

El aire estaba lleno de fragancias silvestres. A través de los árboles, se podía ver el río, azul, casi espejeante. En el cielo sin una sola nube lucía un sol esplendoroso.

Con la bolsa colgada del hombro, Lotte leyó el folleto turístico que le habían entregado en la recepción del motel. Los senderos estaban perfectamente señalizados, aunque con la máxima discreción para no romper la armonía del paisaje. Abundaban los abetos y los pinos ponderosa. Incluso, en ocasiones, se veía algún aislado secoya, cuya copa sobrepasaba holgadamente a todas las demás.

Lotte había encontrado a Bucker Falls en el prospecto, pero por más que se esforzó, no pudo hallar el menor rastro del otro punto geográfico indicado por Dewster en su breve agonía. Precisamente el

motel en que se hospedaba llevaba el nombre de Bucker Falls. En alguna parte había un punto denominado Great Pine.

Lo encontraría, se dijo, firmemente.

Una ardilla saltó de uno de los árboles y se quedó mirando a la muchacha. Lotte sonrió.

—Acércate, preciosa.

Llevaba un par de bocadillos en la bolsa y cogió unas migas de pan. La ardilla se acercó y comió tranquilamente de su mano. Luego, lanzando un chillido, se alejó rápidamente.

Lotte continuó su camino. Treinta minutos después, vio la catarata.

No era muy grande. En realidad, se trataba de una serie de saltos, muy seguidos, que salvaban un desnivel de unos quince metros en total. Pero el río, inexplicablemente, se ensanchaba en aquel punto y formaba una especie de estanque, de grandes dimensiones, ideal para nadar.

Lotte dejó la bolsa en el suelo y empezó a desvestirse rápidamente. En pocos minutos, se había puesto el traje de baño de dos piezas. Luego, sin perder un solo segundo, corrió hacia la orilla y se lanzó de cabeza al río.

El agua estaba un poco fría, pero reaccionó nadando con vigorosas brazadas. Sentíase exultante, completamente olvidada de sus problemas. En aquellos parajes no había *gangsters*, ni otros ruidos que los naturales del bosque, ni contaminación...

Al cabo de un buen rato, empezó a sentir cierta fatiga y nadó hacia la orilla. Salió fuera, se enjugó un poco con una toalla y luego buscó un claro donde tomar el sol, casi al pie de un altísimo pino cuyo tronco no media menos de dos metros de grueso.

Respiró larga y hondamente, con ritmo sostenido. De pronto, creyó notar una nube en el cielo. Abrió los ojos y entonces divisó al hombre parado a pocos pasos de distancia, sonriendo complacidamente.

—El mejor espectáculo que he visto en mucho tiempo —dijo el príncipe azul.

Lotte se incorporó un poco y quedó recostada sobre el codo izquierdo.

—Me has estado siguiendo —dijo.

—Así es —admitió Fulham sin inmutarse—. ¿Te molesta?

—Me molestará menos si me dejas seguir tomando el sol.

Fulham se apartó un par de pasos.

—Lotte, ¿qué pretendes? —inquirió.

—Huir —respondió ella.

—¿De mi?

—No seas iluso. Sabes cómo se enteró Hallman de que yo había visto a Dewster.

—Sí, por el vecino fisgón. ¿Qué tiene eso que ver con tu huida?

—Anoche descubrí que el tipo había hecho un agujero en el tabique. Seguramente, lo hizo para refocilarse. Es un mirón, ¿sabes?

—No creas, a veces compadezco a esa clase de tipos. Por regla general, suelen ser gente tímida...

—Si, pero a una no le gusta saber que la están mirando mientras se mueve por su casa. Muchas veces, estoy con poca ropa; incluso, en ocasiones, desnuda... No es agradable saber que un tipo te espía, ¿comprendes?

—Si eso te molesta, no tenías necesidad de huir; con llamar a la policía, era más que suficiente.

—Hijo, no lo comprendes. El mirón había alquilado su agujero a uno de los esbirros de Hallman.

Fulham llevaba la chaqueta al hombro y la dejó caer al suelo. Acto seguido, se sentó junto a la muchacha.

—A ver, cuéntame —pidió, muy excitado.

—Bueno, parece que están sumamente interesados en saber qué dijo Dewster antes de morir. Cornell, por lo visto, actuó por su cuenta, cosa que a Hallman no le convenía en absoluto.

—Y, ciertamente, Dewster dijo algo.

—Si. Hombre, demasiado lo sabes...

—Sé que dijo algo, pero no «qué» dijo.

Lotte le miró penetrantemente.

—Debo de ser tonta —murmuró—. Voy a decírtelo... y no confío en ti lo que se dice nada...

—Te juro que no lo repetiré a nadie —contestó él, a la vez que levantaba la mano solemnemente.

De pronto, Lotte se echó a reír.

—Engañé al espía de Hallman —dijo.

—¿Qué?

—Si. Sabía que me estaba escuchando y hablé a gritos con mi amiga y le dije que lo que buscaban está en el sótano del ochocientos ochenta y uno de la calle Providence.

Fulham se puso en pie, agarró su chaqueta y echó a andar. A los diez pasos, giró en redondo y volvió junto a la muchacha.

Lotte le contemplaba con la sonrisa en los labios.

—El número ochocientos ochenta y uno de la calle Providence es la Jefatura de Policía —dijo él, sentándose de nuevo sobre la hierba.

—Si, Rex.

—Pero tú conoces el sitio exacto.

—Hagamos un trato —propuso ella.

—¿Qué clase de trato?

—Yo te digo el lugar y tú me dices qué hay allí.

Fulham meditó unos instantes.

—De acuerdo, pero con una condición.

—Suéltala, Rex.

—Tendrás que guardar secreto absoluto sobre lo que podamos encontrar en ese lugar.

—Conforme.

—No se lo repetirás ni a tu esposo.

—No estoy casada, Rex —contestó ella malhumoradamente.

—Pero algún día te casarás, me imagino.

—Sí, con el rey de Paralipamplia...

De pronto, Fulham recorrió con la vista el cuerpo de la muchacha.

—Lotte, creo que te subestimas innecesariamente —dijo—. Tienes una silueta maravillosa.

—Y la cara de una rata gigante.

—La cara no es una belleza clásica, pero tiene un atractivo del que carecen muchas mujeres que son infinitamente más hermosas. Los senos, altos, breves, firmes; la cintura esbelta, el vientre liso, las caderas de ánfora, netamente femeninas, pero sin exageraciones adiposas que romperían la armonía de la silueta; las piernas largas, perfectamente contorneadas...

—¡Rex, no sigas!

—Los ojos grandes, rasgados, negros como los de las españolas; la boca grande, bien dibujada, la nariz recta, absolutamente griega...

—¿Quieres callarte, condenado? —gritó Lotte, exasperada, pero, al mismo tiempo, íntimamente halagada por lo que estaba oyendo.

Fulham se tendió a su lado y la miró desde un palmo de distancia.

—No he dicho nada que no sea rigurosamente cierto —afirmó—. Pero tú estás empeñada en ser bella como una estrella de cine y tienes algo que vale infinitamente más que la simple hermosura física.

—¿Qué es?

—Corazón, cerebro, alma, en suma...

Fulham se aproximó un poco más. De pronto, echó un brazo a la cintura de la muchacha y la atrajo hacia sí. Lotte empezó a desfallecer.

—Rex, por favor...

Los labios del joven se aproximaron peligrosamente a los suyos. Lotte se apostrofó a sí misma. Iba a ceder, sucumbiría ante un hombre tremendamente atractivo, cuyo principal medio de vida eran las mujeres ricas y maduras. Y ella caería como una tonta...

Algo estalló de pronto en su interior y le rechazó violentamente.

—¡No, Rex! —gritó, a la vez que se ponía en pie de un salto.

Los senos de Lotte latían con fuerza. Fulham se sentó y sacó un cigarrillo.

—Lotte —dijo con voz extrañamente tranquila—, quiero que sepas una cosa. Todo lo que te he dicho es rigurosamente cierto. Otros pueden opinar de forma distinta respecto a ti, es lógico; pero he dicho simplemente lo que pienso. Con toda sinceridad.

Ella se pasó una mano por el pelo y respiró varias veces.

—Gracias, Rex. Pero... no... ¿Me entiendes?

—Sí, de sobra.

—¿No te sientes herido?

—Claro que no —sonrió él—. Al contrario, me ha gustado. Pero ahora hablemos de otra cosa. Dejemos a un lado nuestros problemas personales.

—Sí, como digas.

—Aún no sé qué dijo Dewster.

—Bucker Falls, es decir, las cataratas. Estamos en ellas, bueno, casi al lado.

—Es cierto.

—Y añadió Great Pine. ¿Hay algún sitio por aquí que se llame así.

—Aguarda un momento.

Fulham buscó en su chaqueta y sacó un mapa de la comarca, que desplegó sobre la hierba. Lotte pudo darse cuenta de que era mucho más completo que el que figuraba en el folleto turístico que tenía en su bolsa.

Llena de curiosidad, se arrodilló junto al joven, sentándose sobre sus talones.

—Eso parece...

—«Es» un mapa militar —confirmó Fulham.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Oh, en las ventas de sobrantes del Ejército... Pero no me distraigas ahora. Voy a ver si encuentro Great Pine...

Transcurrieron unos minutos. Al fin, malhumorado, dobló el mapa y volvió a guardarlo en la chaqueta.

—No hay nada que se llame Great Pine por los alrededores —dijo—. Tal vez sea un lugar conocido solamente de los habitantes de la comarca.

—En tal caso, valdría la pena preguntar en la recepción del motel —sugirió Lotte.

—No es mala idea. Oye, me ha parecido ver algo semejante a comida en tu bolsa. ¿No puedes ser compasiva con un hambriento?

—Si tan desfallecido te encuentras...

Sin abandonar su postura, Lotte alargó el brazo izquierdo hacia la

bolsa que tenía al lado. De repente, se sintió violentamente empujada a un lado.

—¡Rex! —gritó—. ¿Te has vuelto loco?

—¡No te muevas! —ordenó él—. Sigue tumbada.

Lotte comprendió que algo grave sucedía y se aplastó contra la hierba. Un segundo después, percibió un oscuro siseo, como el zumbido de un moscardón, seguido de un sordo ruido.

Sin abandonar su postura, vio que Fulham rodaba velozmente sobre sí mismo. Una fracción de segundo más tarde, volaron unos tallos de hierba en el sitio que el joven acababa de abandonar.

Sentíase amedrentada y maravillada a un tiempo. Alguien disparaba contra ellos, pero no oía los estampidos. ¿Con qué les tiraban?, se preguntó.

De pronto, vio que Fulham dejaba de voltear. El joven se detuvo un instante. Tendido de bruces, apoyó los codos en el suelo, mientras empuñaba un revólver con ambas manos.

Se oyó un seco estampido. Fulham disparó por segunda vez.

Alguien lanzó un grito aterrador. Lotte se atrevió a volver la cabeza.

A veinte pasos de distancia, un hombre, con las manos en el pecho, se tambaleaba visiblemente. Lotte vio en su rostro una expresión de sufrimiento indescriptible.

El individuo se vino de bruces al suelo. Pateó un poco y se quedó quieto.

Fulham se incorporó un tanto. Miró un instante a la muchacha y luego se puso en pie.

—Quédate aquí —ordenó perentoriamente.

Ella asintió, todavía muy impresionada por lo que acababa de contemplar. Fulham corrió hacia el caído y le dio la vuelta. Al cabo de unos segundos regresó junto a la muchacha.

—Está muerto —anunció.

Lotte se sentó en el suelo, tapándose la boca con una mano.

—Rex...

—No temas —dijo él—. Por fortuna, hoy es un día de labor y estamos a suficiente distancia para que no se hayan oído los disparos. Pero no entiendo por qué tuvo que atacarte ese tipo.

—Seguramente, era un esbirro de Hallman...

—No —contradijo el joven firmemente—. No pertenece a su cuadrilla. Es, era, mejor dicho, Ricky Tilgh, alias *el Rana*. Me pregunto qué podía hacer aquí un miembro de la banda del *Malacara*.

—¿*Malacara*? —repitió Lotte—. Ese es el atracador al que yo

encerré en el montacargas...

—Exactamente. Pero *el Rana* no estaba con él aquel día. Pienso que, seguramente, ha estado buscando la ocasión para vengar la derrota de su jefe. Tal vez *Malacara* se lo ordenó desde la cárcel. Es un sujeto ruin y vengativo como pocos, ¿sabes?

Ella le miró críticamente.

—Y tú, ¿cómo sabes tantas cosas? —preguntó, recelosa.

—Mujer, ¿ya no recuerdas que soy un ladrón? Tengo ciertas relaciones con las gentes del hampa...

—Espero que sean buenas porque ahora te vas a ver en un compromiso. ¿Qué piensas hacer con el cadáver?

—Espera y lo verás.

Fulham regresó junto al caído y lanzó su pistola al río. Luego arrastró su cuerpo, dejándolo oculto bajo unos matorrales. Al terminar, volvió al lugar donde estaba la muchacha.

Entonces vio a Lotte en pie, contemplando algo con sumo interés.

—¿Qué miras? —preguntó.

Ella retrocedió unos cuantos pasos, en silencio. Luego dio una vuelta completa sobre sí misma, mirando el paisaje con suma atención. Fulham, aunque intrigado, respetó su silencio.

Al cabo de unos momentos, Lotte dijo:

—Rex, sospecho que *Great Pine* no es un accidente geográfico.

—¿No? Entonces, ¿qué es?

La muchacha sonrió sibilinamente.

—Los árboles no nos dejaban ver el bosque... y no nos dábamos cuenta de que estábamos junto al pino más grande de los que hay en las inmediaciones de la cascada. *Great Pine*... «El Gran Pino».

Se acercó al árbol, golpeó el tronco con la palma de la mano y añadió:

—Aquí está... lo que sea, Rex.

CAPÍTULO VIII

Fulham se sentía atónito. Dio una vuelta completa al pino y luego levantó la vista hacia la copa, cuyo agudo vértice terminaba a casi cuarenta metros del suelo.

—Si, es el más alto, el gran pino —dijo—. Pero, ¿dónde está? ¿Enterrado al pie?

Agachado, empezó a separar las matas que crecían en torno al árbol, buscando rastros de una excavación en el suelo. De pronto, oyó la voz de la muchacha:

—No sigas, Rex.

Fulham se enderezó. Lotte señalaba con la mano un punto situado en el tronco, a unos tres metros y medio de altura.

—Ahí —dijo ella simplemente.

Fulham vio entonces el redondo orificio abierto sin duda por algún picamaderos.

—Está demasiado alto —objetó.

Lotte se le acercó y palpó los músculos de su brazo.

—Eres más fuerte de lo que aparentas —dijo—. Agáchate, Rex.

Fulham comprendió en el acto, Lotte trepó a sus hombros y él se enderezó hasta quedar completamente erguido. De este modo, Lotte pudo llegar al agujero, en el que metió la mano de inmediato.

—¡Caramba! —exclamó.

—¿Qué es, encanto? —preguntó él, con la nariz pegada al tronco del pino.

—Quién lo hubiera dicho... Había oído muchas historias sobre las urracas, pero esto sobrepasa a todo lo que hubiese podido imaginarme.

—Bueno, ¿me lo dices o no? —exclamó el joven, que empezaba a perder la paciencia.

—Espera un poco, hombre. Aquí hay algo más... Yo diría que se trata de un rollo de fotografía.

—Sácalo, pronto.

—Un instante... Ajá, ya está.

Fulham flexionó las rodillas y Lotte pudo saltar al suelo. Entonces le enseñó una valiosa pulsera de brillantes, un reloj de platino, adornado también con diamantes y una sortija con un rubí tan grande como la uña de su pulgar.

—Esto vale un piquillo, ¿eh? —dijo alegremente.

Fulham le quitó el rollo de fotografía.

—Quédate con las joyas. Esto es lo que me interesa —manifestó.

—Gracias, generoso. Me derrito de gratitud al ver tu amabilidad. La verdad, no sé cómo te dignas siquiera respirar el mismo aire que respiro yo. Estoy tan...

—Basta, basta, no sigas con tus mordacidades. Si, te doy las gracias por haber encontrado el rollo de fotografía. Pero ahora no puedo perder más tiempo. Adiós, encanto.

Fulham echó a correr inmediatamente. Lotte lanzó un grito de rabia.

—¡Eh, que me dejas aquí con el muerto!

El joven se volvió un instante, sin dejar de mover las piernas.

—¡Donde las dan las toman! —contestó.

Lotte pateó el suelo. Luego, recordando que dos días antes le había hecho la misma jugarreta, comprendió que Fulham tenía toda la

razón del mundo.

Al cabo de unos instantes, bajó la vista hacia la palma de su mano y sonrió satisfecha.

—Hermana urraca, gracias —dijo.

Tessa Jameson abrió la puerta de su apartamento cuatro días más tarde y sonrió al ver a su amiga, en el umbral.

—Ah, ya estás aquí —dijo—. ¿Qué tal te ha ido?

—No puedo quejarme. He tenido de todo: sol, aire puro, agua fresca y cristalina, un cadáver, joyas de gran valor...

Tessa puso una mano en la frente de la muchacha.

—¿Estás enferma?

—No seas tonta; he dicho la verdad. Mira, te enseñaré las joyas. Y cuando te cuente cómo lo conseguí, te quedarás atónita y no querrás creerlo.

Unos minutos más tarde, Tessa se sentó en el diván.

—Me tiemblan las piernas —confesó—. Esas joyas valen muchos miles de dólares.

—Si, y trataré de buscar a sus propietarios. Yo no podría llevarlas con tranquilidad y, para tenerlas escondidas, no merece la pena.

—Creo que tienes razón. Así que has sido protagonista de más aventuras.

—Si...

De pronto, Tessa se dio una palmada en la frente.

—¡Oh, qué tonta soy! —exclamó—. Había olvidado que la señora McCraven te ha llamado un montón de veces.

—¿Sí? ¿Qué quiere, Tessa?

—No lo sé, no quiso decírmelo. Sólo declaró que tiene gran interés en hablar contigo...

—Pues yo no tengo ningún interés en hablar con ella. Nuestras relaciones terminaron ya —contestó Lotte tajantemente.

Tessa miró a su amiga con expresión entre divertida y reprochadora.

—Lotte, personalmente creo que no haces bien, pero, claro, no soy quién para darte consejos. Una cosa es segura; no creo que encuentres jamás al hombre que no haya tenido que ver nunca antes con otra mujer.

—Yo no pido tanto...

—No eres sincera contigo misma y eso es lo peor que le puede pasar a una persona —la interrumpió Tessa—. Pero, repito: es asunto tuyo.

—Ya lo sé, gracias —respondió Lotte secamente.

Tessa suspiró.

—No me creerías si te dijese que te envidio —murmuró.

—¿Tú? —se sorprendió la muchacha—. Eres mucho más guapa...

—Si, lo sé, pero tengo una inmensa desventaja. Tú te conservarás siempre tal como estás y estás mejor de lo que tú misma piensas. En cambio, yo acabaré por echar carnes, engordaré, lucharé inútilmente con la báscula... Esta cara tan bonita que ahora gusta tanto a los hombres, se volverá un disco lunar...

Tessa interrumpió de pronto sus melancólicas profecías. Alguien llamó a la puerta.

—Yo abriré —se ofreció.

Cruzó la sala y abrió. Al otro lado había un hombre con una chaquetilla de uniforme y un monumental ramo de flores en las manos.

—¿Señorita Braddon?

—Soy yo —dijo la aludida, avanzando unos pasos.

—Para usted, señorita —sonrió el hombre.

—Gracias... —Lotte dio un dólar de propina y tomó el ramo de flores—. Son preciosas, ¿no te parece, Tessa?

—Mi enamorado no es tan generoso —suspiró la rubia—. ¿Quién te envía las flores?

—No hay ninguna tarjeta —se extrañó Lotte—. Aunque, de todos modos, no es difícil figurárselo.

—Bueno, al menos, tu príncipe azul sabe gastarse los cuartos.

—Sí, el dinero que les saca a las señoras gordas y ricas. Bueno, me irá a mi apartamento y las pondré en agua...

Lotte se calló de pronto.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Tessa.

—Primero, las flores pesan demasiado. Segundo, el mandadero vino aquí y preguntó directamente por mí. Si antes estuvo en mi apartamento y yo no le contesté, lo lógico habría sido venir aquí y preguntar si yo estaba en tu casa. Todo eso, suponiendo que conociera nuestra amistad.

—Lotte, los dedos se te hacen huéspedes —dijo la rubia—. Fulham te envía las flores y, simplemente, ordenó que las dejaras aquí, si tú no estabas en casa. No busques un doble sentido a lo que no lo tiene.

—¿De veras?

Hubo un momento de silencio, Tessa, enormemente intrigada, vio que su amiga aplicaba el oído al ramo de flores. De repente, notó que Lotte se ponía pálida.

—¡Tessa! ¡Hay una bomba de relojería! —exclamó la muchacha.

Tessa se derrumbó sobre el diván.

—Hay que llamar a la policía...

—Quizá no tengamos ya tiempo —dijo Lotte—. Siento lo que voy a hacer, pero no queda otro remedio. Ya te pagaré los desperfectos, Tessa.

Lotte echó a correr hacia el dormitorio de su amiga y arrancó de un manotazo las ropas de la cama, dejando el colchón al descubierto. Inmediatamente, lo enrolló alrededor del ramo de flores, atándolo con una sábana a continuación.

En el apartamento había otro dormitorio, con dos camas individuales. Lotte trasladó sucesivamente los dos colchones, colocándolos debajo y encima del primero. Salió del dormitorio, cerró la puerta y corrió a situarse al otro lado del diván.

—¡Aquí, Tessa!

La rubia no se hizo rogar dos veces. Agazapadas detrás del grueso parapeto que era el diván, esperaron la explosión, conteniendo el aliento.

Transcurrieron unos minutos. En vista de que no sucedía nada. Lotte se arriesgó a asomar la cabeza.

—No pasa nada —dijo.

—Si es una bomba de relojería, ¿por qué no miraste a ver si encontrabas el reloj?

—Se oye el «tic tac» muy claramente, pero, ¿quién sabe si no está preparada también para que explote apenas se toque?

—Eso no me parece lógico, diría yo...

En aquel instante, se abrió la puerta y Fulham asomó a través del hueco.

—Eh, ¿no hay nadie aquí? —exclamó. Vio a las dos muchachas arrodilladas detrás del diván y puso una cara de tonto imponente—. ¿A quién estáis rezando?

—A San Dimas —contestó Lotte—. No sé si servirá para el caso, pero puede que nos salve de la explosión.

Fulham dirigió su mirada hacia la otra. Tessa hizo un gesto de asentimiento.

—Dice la verdad. Le han enviado una bomba de relojería dentro de un ramo de flores —declaró.

El joven respingó. Terminó de entrar y lanzó a un lado el ramo de rosas que había traído consigo. Vagamente, Lotte se dio cuenta de que tenía una tira de esparadrapo en la sien izquierda, aunque, en aquellos momentos, no prestó demasiada atención al detalle.

—Se oía el «tic-tac» claramente —añadió Lotte—. Y no había tarjeta en el ramo de flores. Sospeché que algo podía pasar, cuando...

—Ya me lo contarás todo más tarde —cortó Fulham—. ¿Dónde está la bomba?

Lotte señaló con una mano la puerta del dormitorio, que estaba cerrada. Fulham corrió hacia allí, en el acto.

—¡No seas imprudente! —gritó la muchacha—. No quiero que corras riesgos inútiles, Rex.

Pero Fulham ya no la escuchaba. Temblando de miedo, Lotte y su amiga vieron que el joven desaparecía en el interior del dormitorio, después de cerrar la puerta nuevamente.

De repente, oyeron un gran estrépito de cristales. Fulham abrió y salió a toda velocidad, dirigiéndose a la otra ventana, que abrió sin dilación.

—¡Fuera! —gritó—. ¡No es una bomba! ¡Es cianuro!

Tessa lanzó un chillido de pavor. Lotte saltó a la torera por encima del diván y corrió hacia la puerta.

—Vamos, vamos —las apremió Fulham—. Las ventanas están abiertas de par en par y el gas se disipará dentro de unos minutos. Pero habrá que aguardar un buen rato a que el apartamento esté completamente ventilado.

—Será mejor que vayamos al mío —propuso Lotte—. Rex, ¿estás seguro de que era cianuro?

—Lo he oído —contestó él.

Salió al pasillo, cerró la puerta y miró a la muchacha.

—Trae tu pasta de dientes, rápido.

Lotte obedeció en el acto. Con la pasta de dientes. Fulham cubrió la mayor parte de las ranuras apenas perceptibles que dejaba la puerta del apartamento. Lotte trajo asimismo jabón para completar la operación, Tessa había marchado al piso de su amiga y buscaba algo para beber.

—Rex, dime, ¿crees que querían matarme? —preguntó Lotte minutos más tarde.

—No me cabe la menor duda —respondió el joven—. Idearon un artefacto diabólico. Lo examinaremos más tarde y encontraremos una cápsula que contenía cianhídrico a presión y cuya válvula fue accionada por un mecanismo de relojería. El gas habría invadido tu apartamento y tú hubieras perdido el conocimiento a los pocos momentos, para morir antes de cinco minutos. Eso, suponiendo que hubieses estado despierta; de haberte sorprendido en el sueño, ni te habrías enterado.

Lotte arrebató a su amiga el vaso que ésta acababa de llenar y tomó un largo trago.

—Me he salvado de una buena —confesó.

—Y yo —gimió la rubia—. Lotte, ser amiga tuya es lo mismo que estar en la guerra. Lo siento, pero creo que voy a tener que mudarme de casa.

—Harás bien —convino Fulham—. Y tú, Lotte, si tuvieses un

gramo de sensatez, harías lo mismo que Tessa.

—Me encuentro muy a gusto en mi casa y no quiero mudarme, pase lo que pase —respondió la joven resueltamente—. Por cierto, ¿qué te ha pasado en la frente? ¿Alguna de tus queridas te arrojó un jarrón a la cabeza?

—No seas mal pensada. Me asaltaron cuando regresaba de Bucker Falls.

Lotte soltó una risita.

—Y te quitaron el rollo de fotografía.

—Sí, me lo quitaron.

—Eres muy descuidado...

—Pero se llevaron un rollo que había comprado en la tienda del motel, al que previamente había quitado la caja de embalaje. El otro estaba a buen recaudo.

—El chico es listo —comentó Tessa.

—Y aprovechado, por unos catorce mil dólares.

—No está mal. ¿Qué contenía? ¿Fotografías de damas en actitudes poco correctas?

Fulham sonrió sibilinamente.

—Tal vez.

Lotte fue hacia la puerta, abrió y señaló el pasillo.

—Sal —ordenó.

—Pero, muchacha...

—Vete de aquí inmediatamente, si no quieres que te eche, desvergonzado individuo. Sabes muy bien que puedo hacerlo, aunque lleves un revólver escondido. Vete o tendrás que curarte algo peor que un simple porrazo en la cabeza.

Fulham miró a la otra e hizo un ademán de resignación.

—No se puede luchar contra la adversidad —dijo.

Lotte cerró de un portazo.

—Cada día le odio más —exclamó, vivamente indignada.

—Yo diría algo opuesto; cada día estás más enamorada de él —sonrió Tessa.

—No digas tonterías...

—Como quieras, pero tarde o temprano, acabarás por caer en sus brazos y le perdonarás todas sus trapacerías.

—Jamás, jamás —dijo Lotte, tremendamente alterada.

—Si yo fuese él, me sentiría muy seguro de sus sentimientos. Pero ahora te conviene tranquilizarte. ¿Qué tal si empezamos a preparar un poco de cena?

—Haz lo que quieras, no tengo apetito.

—Yo, en cambio, me muero de hambre. No lo puedo remediar; si no como, me caigo.

Tessa se encaminó hacia la cocina. Antes de entrar, se volvió

hacia su amiga.

—¿Lotte?

—¿Sí?

—¿Piensas averiguar quién te envió el ramo envenenado?

La muchacha meditó unos instantes. Luego, de pronto, dijo:

—Mañana mismo hablaré con el autor del envío.

CAPÍTULO IX

Jupp Keynee abrió los ojos desmesuradamente al reconocer a la visitante.

—Usted —dijo.

—No soy mi fantasma —contestó Lotte—. Anúnciame a su jefe inmediatamente. Y deje de mirarme de esa forma tan estúpida. Está aquí para obedecer, ¿no? ¡Pues muévase!

—Sí, sí, señorita... —Keynee echó a correr y desapareció en el interior del despacho de Hallman, para salir instantes después—. Puede pasar, señorita.

—Gracias.

Lotte entró resueltamente en la estancia. Hallman la miró desde su mesa de despacho. Ella rió al ver su ojo morado y señales de uñas en su carnosa mejilla izquierda.

—Su esposa le sacudió de lo lindo —comentó burlonamente.

—Usted la calumnió —dijo el hombre, rencoroso—. Eso no está bien.

—No está mucho mejor que raptar a una dama y traerla aquí para someterla a tortura —respondió ella agudamente.

—Sólo pretendía impresionarla un poco...

—Y yo me desmayaría apenas me anunciaran que iban a quemarme las plantas de los pies, ¿verdad?

—Está bien, dejemos eso. ¿Qué es lo que quiere?

—¿Por qué me envió el ramo envenenado?

Hallman puso cara de extrañeza.

—¿Se come usted las flores?

—¡No diga tonterías! Nadie se come las flores.

—Entonces, no veo qué objeto tiene envenenarlas.

—¿Trata de burlarse de mí? Usted me envió un ramo de flores, con un mecanismo de relojería en su interior, que contenía una cápsula repleta de cianhídrico.

—Eso es absolutamente incierto. Yo no le he enviado nada de lo que dice. Y, además, ¿por qué iba a hacerlo?

—Quiso desquitarse. No aceptó deportivamente su derrota, eso es todo.

Hallman manoteó aparatosamente.

—Vayamos por partes, señorita. Usted me hizo fracasar un negocio muy importante, pero no por eso iba yo a asesinarla y menos mediante un procedimiento tan sofisticado. A decir verdad, casi me alegro de haber fracasado. Si, estoy muy contento de haberme salido del caso.

—¿Por qué? No comprendo...

—Pregúntele a su amigo, el que me rompió el jarrón de Meissen, que valía ocho mil dólares —contestó Hallman malhumoradamente.

—Pero usted le quitó el rollo de película. Bueno, usted o sus esbirros.

—Eso es cierto. Sin embargo, luego me he enterado de ciertas cosas... Repito que debe hablar con Fulham. Yo ya no le diré una sola palabra más. Y, créame, no le envié el ramo envenenado.

Lotte reflexionó unos segundos. Si, Hallman parecía sincero. Tal vez se trataba de un asunto más importante de lo que ella creía.

—De acuerdo, hablaré con Fulham —dijo al cabo— Pero voy a pedirle una cosa.

—¿Sí?

—No vuelva a molestarme jamás. ¿Entendido?

—En cuanto usted salga de mi casa, la habré olvidado para siempre —aseguró Hallman con gran énfasis.

—Me gustaría poder decir lo mismo. ¡Adiós!

Tranquila en cierto modo, pero intrigada por no saber quién le había tratado de asesinarla, Lotte dio media vuelta y abandonó el despacho. Keynee la miró casi con respeto.

—Su jefe y yo hemos terminado para siempre —anunció a muchacha.

—No sabe el peso que me quita de encima —contestó Keynee—. Si, oiga, soy sincero. Cada vez que nos hemos topado con usted, pareció como si nos hubiera atropellado una manada de elefantes. Y perdone la comparación...

Lotte sonrió suavemente.

—Está perdonado. Adiós, Jupp.

Salió de la casa y caminó a lo largo del sendero enarenado que atravesaba el jardín. En la verja de acceso. Duffy Martin se apartó a un lado para que ella pudiera cruzarla.

Su coche había quedado esta vez fuera del recinto. Lotte abrió la portezuela e insertó la llave en el contacto. Encendió las luces, hizo arrancar el motor y pisó el pedal de gas.

Unos metros más adelante, sintió en su cuello el contacto de algo metálico. Casi en el acto supo que se trataba de un delgado cable de

acero trenzado, de no más de dos milímetros de grosor, enroscado como un lazo en torno a su garganta.

—Sigue así —dijo una voz bronca a sus espaldas—. No hagas nada, no chilles, no llares la atención... ¡o te cortaré el cuello en un santiamén!

Lotte se apeó del coche, incapacitada para realizar el menor movimiento defensivo. La otra mano tensaba el cable que tenía muy ajustado en torno al cuello.

La muchacha no se atrevía apenas a respirar. Bastaría un seco tirón para que el cable penetrase profundamente en la carne, cortándole la faringe en un instante. Entonces, moriría en contados segundos, sin que hubiese ya fuerza humana capaz de salvarla.

Instintivamente, echaba la cabeza hacia atrás, a fin de aliviar la tensión del lazo metálico. Su secuestrador la empujó hasta una casita aislada, de la que apenas si podía captar detalles, debido a la oscuridad. Llegaron a la puerta y el hombre tiró ligeramente del cable.

—No te muevas.

Lotte apretó los labios. El hombre sacó una llave y abrió con la mano izquierda. Empujó a la muchacha, tanteó un poco y encendió la luz.

—Bueno, ya hemos llegado.

Lotte se encontró en una sala de modesta apariencia, aunque bien cuidada. Sintió que la empujaban hacia una silla y se sentó casi maquinalmente.

Luego, el hombre ató el otro extremo del cable al respaldo de la silla. A continuación, sacó una cuerda y sujetó la tobillos de la muchacha. Finalmente, otra cuerda pasó en torno a su cintura, sujetándole asimismo los brazos. De este modo, Lotte quedaba completamente inmovilizada. Ni siquiera se atrevía a mover la cabeza, para no estrangularse por sí misma.

Al terminar, el hombre dio la vuelta y se situó frente a su prisionera. Sonreía de un modo peculiar.

Lotte emitió un grito. Acababa de reconocer a su secuestrador.

—¡Usted... el que me trajo las flores! —exclamó.

—Yo mismo —admitió el sujeto—. ¿No sabe mi nombre?

Ella trató de aguzar su memoria. La cara del individuo le parecía conocida y no sólo por haberle visto con el ramo de flores.

—Soy Ernie Schaffer —dijo el secuestrador.

—Schaffer —repitió Lotte a media voz—. Oiga, ¿qué pretende hacer conmigo? inquirió.

—Exactamente lo mismo que intenté el otro día, pero que no dio

resultado... por los motivos que sean.

Lotte sintió frío en la espalda.

—Oh, no, no puede hacer eso...

—Si puedo. Muñeca, usted me estropeó uno de los mejores negocios de mi vida, hace cosa de seis semanas. Eso es algo que no se lo perdonaré jamás. Tiene que pagarlo, ¿me ha comprendido?

—Pero... yo no sabía...

—Si se hubiera estado quieta, limitándose a salvar la vida de Fulham, yo no habría vuelto a acordarme de usted. En realidad, lo único que pretendía era quitarle de en medio. Pero usted me impidió llevarme las joyas. Tiene que pagarlo —insistió Schaffer.

—Entonces, me va a matar.

Schaffer sonrió perversamente.

—Es un procedimiento que suelo usar en ocasiones —explicó—. Envié un ramo de flores a la víctima y el aparatito, a la hora que yo calculo adecuada, se dispara y libera un gas narcótico. Sólo que en su caso puse ácido sulfúrico y algo de cianuro potásico. La misma mezcla que se emplea en la cámara de gas, ¿comprende?

Lotte se sentía llena de pánico. Aparte de que las ligaduras eran ya muy sólidas de por sí, el cable que rodeaba su cuello la estrangularía apenas intentase cambiar de postura. Tendría que dejarse morir gaseada, sin remisión.

Mientras hablaba. Schaffer manipulaba en un objeto que ella no podía ver con comodidad. Al terminar, le enseñó la caja de forma oblonga y casi tan grande como una caja de habanos.

—El mecanismo de relojería ya está en marcha —anunció—. Dentro de diez minutos, saldrá el gas. No tema, perderá el conocimiento antes de dos minutos.

Schaffer se acercó a la puerta. Desde allí, miró a la muchacha una vez más y sonrió con expresión diabólica.

—Dicen que a los condenados a la cámara de gas les aconsejan que respiren hondo y fuerte, para acabar antes. Tome ejemplo —se despidió.

La puerta se cerró y Lotte quedó allí sola, entregada a sus terrores, con la vista morbosamente fija en la caja de la que iba a salir el gas letal antes de que hubiese transcurrido diez minutos.

Le pareció oír ruido en el exterior, pero estaba tan asustada que no supo si era realidad o ilusión de sus sentidos. ¿Tendría que seguir el siniestro consejo de Schaffer?

Movió el cuello. El cable rozó dolorosamente su piel. Era imposible desatarse. Ni siquiera se atrevía a tirarse al suelo, para

reptar a la puerta en busca de la salvación que era el aire libre. Podía apretarse el lazo y entonces todo sería ya inútil.

En último caso, lo haría cuando empezase a salir el gas...

La puerta se abrió de pronto. ¿Por qué volvía Schaffer?, se preguntó.

Fulham agitó la mano.

—¡Uhu! —sonrió alegremente.

Lotte creyó que iba a desmayarse.

—Rex...

Fulham avanzó unos pasos y la contempló con ojos especulativos.

—Estás bien atada —dijo.

—Olvídate de mí ahora —exclamó ella—. Rex, mira aquella caja. Es otro de esos mecanismos infernales. Tiene gas y lo soltará dentro de nueve minutos... quizá ya menos...

Fulham enarcó las cejas y se acercó a la consola. Examinó la caja durante unos segundos y luego manipuló en ella.

—Ya está. He retrasado el reloj lo suficiente para no temer nada —dijo—. Luego desconectaré el mecanismo, pero, me imagino, antes querrás que te desate.

—Si no es mucha molestia...

—Oh, en absoluto, todo lo contrario, un gran placer.

Fulham se acercó a la silla, vio el cable de acero y barbotó una maldición.

—Ese condenado Schaffer donde mejor estaría es en el infierno —gruñó.

—Pero, ¿no estaba en la cárcel?

—Salió hace una semana con fianza.

—Vaya angelito. A este paso, las personas decentes tendremos que pedir que nos dejen vivir en la cárcel. Con perdón, Rex.

—Con perdón, ¿de qué? —pregunto él, sorprendido.

—Hombre, como tú eres de la profesión... Aunque por lo fino, me parece, ¿verdad?

—Si, algo por el estilo. Y, en los ratos en que no estoy robando a la gente, me dedico a seducir damas maduras y ricas.

—¿Les dices también a la tonta de turno: «¡Qué rica estás!»?

—Claro. Y se derriten de gusto... Bueno, ya estás libre, encanto. ¿No me das las gracias?

—¿Debo colgarme de tu cuello y besarte con pasión? —preguntó ella mientras se ponía en pie y se alisaba la falda con gestos mecánicos.

—Si ése es tu gusto, no te lo impediré —contestó Fulham alegremente.

—Otro rato... Por cierto, ¿cómo has esquivado a Ernie?

—No le he esquivado; es él quien no me ha esquivado.

Simplemente, le devolví la fineza con que me obsequió el día en que asaltó el yate.

—O sea, le esperabas a la salida.

—Exactamente.

—Y eso significa que me has seguido.

—Sí, encanto.

Hubo un instante de silencio. Luego, Lotte dijo:

—Rex, ¿te aseguraste de que Schaffer quedaba fuera de combate?

Fulham se puso rígido. Estaba de espaldas a la puerta y vio que la muchacha tenía la vista fija en la entrada.

Inmediatamente, comprendió lo que sucedía y actuó con relampagueante rapidez.

CAPÍTULO X

En la puerta sonó un aullido animal, a la vez que Fulham golpeaba a la muchacha en un hombro con la mano izquierda. Simultáneamente, saltaba hacia atrás y se dejaba caer de espaldas.

Lotte ayudó al impulso recibido y saltó lateralmente, con el empuje de sus piernas. Mientras caía, contempló una visión que le pareció dantesca.

Schaffer estaba bajo el dintel de la puerta, con todo el lado izquierdo de la cara llena de sangre. Sus ojos despedían llamas de pura demencia. El arma que tenía en la mano temblaba visiblemente.

Fulham lanzó un grito:

—¡Ernie, tira la pistola!

Schaffer que parecía ciego, volvió la cabeza y apuntó al joven. Fulham disparó una vez y rodó a su izquierda. Schaffer se tambaleó, pero no cayó e hizo fuego a su vez.

El joven disparó nuevamente. Schaffer sufrió una violentísima sacudida y retrocedió un poco. Chocó contra la pared, rebotó ligeramente y el espasmo sufrido hizo que su índice presionara sobre el gatillo.

Algo saltó de la mesa al suelo y empezó a despedir vapor. Lotte lo vio y lanzó un chillido de pánico.

—¡Rex, el gas!

Fulham se levantó de un salto, lo mismo que la muchacha, tratando de escapar a una muerte segura. En su loca carrera, atropellaron a Schaffer, quien no había caído aún y, saltando por encima de su cuerpo, salieron fuera de la casa.

Schaffer se agitaba débilmente, caído en el umbral. Conteniendo

la respiración, Fulham se acercó a él, alejó la pistola de una patada y lo arrastró por el cuello de su chaqueta, dejándolo tendido al aire libre.

A continuación, dio la vuelta a la casa y rompió a pedradas unos cuantos cristales, para activar la circulación del aire en el interior. Luego regresó junto a la muchacha.

—Creo que Ernie ha muerto —dijo ella.

Fulham se arrodilló junto al caído y le tomo el pulso. Estuvo así unos segundos y, después de guardar el revólver, se incorporó.

—Vámonos, Lotte.

—Pero... el cadáver...

—No te preocupes. Ha muerto, eso es todo lo que importa.

—Era un colega tuyo.

—Los asesinos no han sido nunca mis colegas —replicó él abruptamente.

—Bien, en tal caso, tendré que felicitarte. Ladrón, pero honrado.

Lotte caminó hacia su coche. El de Fulham estaba a unos pasos de distancia.

—Iré contigo —decidió el joven.

—¿Dejas el coche aquí?

—No te preocupes —repitió Fulham—. Ya lo recogerán quienes se ocupen del cadáver de Schaffer.

Ella meneó la cabeza.

—Debes de tener buenas amistades en el hampa —comentó.

—Sí, las tengo. Conduciré yo si no te importa.

—Claro.

Una vez en el coche, Fulham sacó tabaco.

—Enciende dos cigarrillos, por favor.

Ella obedeció. Mientras el coche rodaba de regreso a la ciudad, dijo:

—Rex, de todos modos, gracias por haberme salvado la vida.

—Tenía que corresponder. Tú me la salvaste a mí en cierta ocasión. Favor por favor, nena.

—Lo cual significa que estamos en paz.

—Si lo tomas bajo ese punto de vista, sí.

—Gracias. Entonces, no vuelvas a seguirme más.

—Puedo emparejarme contigo...

—Emparéjate con otra. Con la señora McCraven, por ejemplo, aunque a esa te la ha «birlado» otro más guapo que tú, más rico y, aunque, con algunos años más, seguramente más sensato.

—Se lo diré cuando la vea, descuida.

La conversación cesó casi por completo en aquel punto. Una hora más tarde, Fulham detuvo el coche frente a la puerta de la casa donde residía la muchacha.

—Ah, Lotte, perdona, pero había olvidado una cosa —exclamó él.

—¿De qué se trata, Rex?

—Los conducían al juzgado, para la visita preliminar sobre el atraco que cometieron y anunciarles formalmente la iniciación del proceso. Los policías se descuidaron, ellos les atacaron y desarmaron... y consiguieron huir.

—No entiendo. ¿A quiénes te refieres?

—A Dick Peters, alias «*Malacara*» y a su banda. Ten mucho cuidado; son peligrosos.

—Gracias por el consejo. Buenas noches, Rex.

—Debieras decirme otra cosa, Lotte.

—¿Qué, por favor?

—¡Adiós!

Fulham la dejó casi paralizada y ella le vio alejarse, caminando por la acera, con las manos en los bolsillos y silbando una alegre cancioncilla.

—Te digo que hay veces que no sé qué pensar de ti —exclamó Tessa, mientras caminaba por la calle, junto a su amiga—. A veces pareces loca por él; otras veces da la sensación de que lo odias a muerte... Lotte, tú has sido siempre una chica serena, ponderada... ¿Es que no puedes estudiarte ahora a ti misma, para saber de una vez lo que te pasa?

—Estoy un poco nerviosa, eso es todo, Tessa. En los últimos tiempos, me han sucedido una cantidad de cosas extraordinarias. Nunca me había visto metida en tantos conflictos...

—Deja en paz esos conflictos y hablemos del tuyo personal, que es el que más importa. ¿Lo quieres o no?

Lotte meditó unos instantes. Al fin, dijo:

—Yo creo que la pregunte correcta sería otra, Tessa.

—¿Sí? ¿Cuál?

—¿Me quiere él a mí?

—Yo no aseguraría lo contrario. Pero esa pregunta tiene una respuesta muy fácil... si se la formulas a él.

—No, nunca —preguntó Lotte enérgicamente.

—Bien, en tal caso, voy a darte un consejo. Y lo haré por última vez.

—Dime, Tessa —accedió ella, resignada.

—¡Olvídalo!

Lotte frunció el ceño.

—Es difícil...

La rubia elevó sus ojos al cielo.

—Hay que dejarte por imposible —clamó—. No se puede hacer nada contigo...

De repente, se detuvo y tiró del brazo de su amiga.

—¿Qué pasa? —preguntó Lotte.

—Míralo. Está ahí —respondió Tessa.

Lotte volvió la cabeza. A diez metros de distancia. Fulham saltaba de su coche y cruzaba la acera con paso rápido. Tessa empujó a la muchacha.

—Vamos, ahí tienes la ocasión...

Lotte dio una sacudida a su amiga.

—No, déjame —contestó, furiosa—. Yo tengo mi orgullo y creo que tengo derecho a esperar que sea él quien dé el primer paso.

—¿Y si no lo da? —dijo Tessa, escéptica.

—Entonces, se acabó.

Ajeno a la presencia de las dos muchachas, Fulham cruzaba la acera con paso largo y elástico. De pronto, Lotte, con enorme asombro, vio que el joven se acercaba a una mujer.

Fulham tomó las manos de la mujer y la besó afectuosamente en ambas mejillas. Elynor McCraven le abrazó cálida y rápidamente, y luego, colgándose de brazo, lo remolcó hacia el interior del restaurante en cuya puerta había tenido lugar el encuentro.

—Vaya —resopló Tessa—. Empiezo a creer que tienes razón.

—La tengo —dijo Lotte sombríamente—. Iba a invitarte a cenar ahí, pero comprenderás que no podemos entrar en ese lugar.

—Oh, claro... Vamos adonde tú quieras. ¡Qué cara tan dura tienen algunos tipos! —se escandalizó la rubia—. Rompió con ella y ahora vuelve mansamente a su lado... Se comprende; tiene mucho dinero, y, bien mirado, aunque no es una jovencita, todavía resulta muy guapa.

—Tessa, por favor, dejemos este asunto, ¿quieres?

—Sí, es cierto, más vale dejarlo —la rubia suspiró largamente—. Lo siento por ti, créeme, pero ahora me gustaría, si no te importa, darte una buena noticia.

—Por supuesto, querida. No te preocupes de mi. Dime lo que sea y acepta mis felicitaciones de antemano.

—McVeinn quiere que me case con él. Le he pedido veinticuatro horas para pensármelo. ¿Qué opinas tú?

—Tessa, en tu lugar yo aceptaría sin más. Pero no tomes en cuenta mi consejo. Esto es algo que has de decidir tú personalmente.

—Sí, tienes razón —murmuró la rubia con acento pensativo—. De todos modos, yo le aprecio bastante... Creo que diré sí.

—Y yo te haré un buen regalo de bodas —sonrió Lotte, mientras se esforzaba por olvidar la desagradable escena que había contemplado minutos antes.

Lotte fue la primera en salir del restaurante y quedó en la puerta, aguardando a su amiga, que se había retrasado un poco en el tocador. Lloviznaba ligeramente y quedó al abrigo de la marquesina, contemplando el espectáculo de los automóviles que iban y venían, con sus luces reflejándose sobre el asfalto mojado.

Frente al restaurante había un semáforo. Un coche largo, negro y reluciente, se detuvo ante la luz roja. Lotte le lanzó una mirada casual y entonces vio a Fulham sentado en el asiento posterior, en compañía de dos individuos de rostro estólido. La expresión del conductor no era menos impenetrable.

Fulham permanecía asimismo muy serio. Por un segundo, Lotte se sintió acometida del impulso de hacerle una seña con la mano, pero se contuvo en el acto. El semáforo encendió la luz verde y el automóvil negro arrancó rápidamente, perdiéndose en pocos instantes en el intenso tráfico de aquellos momentos.

Después de cenar, las dos amigas asistieron a una función de teatro. Lotte apenas si obtuvo diversión de la alegre comedia que representaban, preocupada por la situación en que había visto a Fulham.

El joven se había reunido para cenar con la señora McCraven. ¿Por qué no habían salido juntos, yéndose después a la casa de ella?

Todavía seguía preocupada por el incidente, cuando llegó a su apartamento. Apenas había empezado a desvestirse, sonó el teléfono.

Lotte dudó un momento. Si era Fulham... Bueno, le enviaría a paseo, decidió, mientras levantaba el aparato.

—Soy Lotte Braddon —dijo.

—¡Gracias a Dios! —sonó una voz ansiosa al otro lado del hilo—. He estado llamándola desde hace mucho rato, señorita Braddon... Perdona, soy la señora McCraven.

—Lo siento, acabo de regresar a casa. ¿En qué puedo servirla, señora?

—Lotte, necesito hablar con usted urgentemente. Repito: urgentemente. Por favor, ¿puede venir a mi casa «ahora mismo»?

Lotte respiró.

—¿A estas horas? Señora, son casi las... La una de la madrugada. No veo qué urgencias pueda tener usted...

—Por favor, Lotte. Es muy importante.

—Bien, al menos, anticipame algo por teléfono...

—Lo siento, no puedo. Tenemos que hablar personalmente. Venga, se lo suplico encarecidamente.

La muchacha dudó unos instantes y al fin, resignada, cedió:

—Está bien, saldré de casa ahora mismo. Deje que me cambie de

ropa, será cosa de cinco minutos, y antes de media hora seré con usted.

—Gracias, Lotte —contestó Elynor—. Créame, no olvidaré jamás este favor.

Lotte hizo una mueca, mientras dejaba el teléfono en la horquilla.

—Ese pájaro te ha cazado en su red. Tiene cartas tuyas, comprometedoras, y quiere hacerte un chantaje. Naturalmente, tú me buscas ahora para solucionarte el problema... ¡Otro jaleo más! —suspiró.

Se encogió de hombros y soltó los tirantes del vestido de fiesta que llevaba puesto todavía.

—Soy una tonta —se apostrofó, mientras efectuaba un rápido cambio de indumentaria—. Debería dejar que esos dos se cocieran en su propia salsa..., pero, por lo visto, no tengo remedio; soy una estúpida incurable.

Minutos más tarde, se había puesto una camisa, cazadora de sarga azul y pantalones vaqueros. Colgó el bolso del hombro y corrió hacia la puerta.

Media hora después, llamaba a la puerta de la residencia de Elynor. Ella en persona acudió a abrir.

—Lotte, gracias por haber venido —dijo—. Venga a mi despacho; podremos hablar mejor, a solas.

—Tiene problemas con Rex. ¿eh?

Elynor se volvió, sorprendida.

—Sí. ¿Cómo lo sabe? —exclamó.

—Psé... Intuición femenina.

Entraron en el despacho. Elynor tenía una cafetera caliente y llenó dos tazas. Entregó una a la muchacha, se puso azúcar en la suya y, después de remover el café con la cucharilla, dijo:

—Rex ha sido secuestrado.

Lotte suspendió el viaje de la taza a la boca.

De pronto, recordó el coche en que había visto al joven a la salida del restaurante. Y no dudó en absoluto de las palabras que acababa de pronunciar la señora McCraven.

CAPÍTULO XI

Elynor tomó un poco de café y luego, cogiendo un papel que había encima de la mesa, se lo entregó a Lotte, que no había pronunciado aún una sola sílaba.

Lotte leyó el mensaje. Su asombro subió de punto al conocer su

contenido.

—Piden seiscientos veintidós mil trescientos veintisiete dólares y exigen que sea yo la que entregue precisamente esa suma —exclamó, atónita—. ¿Por qué?

—No lo sé, no se me ocurre ninguna idea. Cuando regresaba a casa, después de haber cenado con Rex, un individuo me salió al encuentro y me entregó una carta. Se marchó antes de que pudiera hacerle la menor pregunta. Inmediatamente, la llamé a usted, pero no me contestó...

—Estaba en el teatro —respondió la muchacha—. ¿Por qué esa suma tan poco común? Podrían haber pedido una cifra redonda, pero no, ha de ser exactamente seiscientos veintidós mil trescientos veintisiete dólares... —Lotte relejó el mensaje—. En billetes pequeños, sin tomar la numeración y, por supuesto, sin avisar a la policía.

—Eso es lo que piden. Y mucho me temo que no vamos a poder hacer otra cosa que claudicar ante los secuestradores.

Lotte miró con los ojos llameantes a su bella interlocutora.

—¿Señora, ¿de veras está dispuesta a pagar todo ese dinero por Rex?

—Claro que sí. Y más que me pidieran...

—¿Por un hombre de pésima reputación y que vive a costa de las mujeres maduras y ricas?

—¡Lotte! ¿Qué está diciendo? —se sorprendió Elynor.

—Ya lo ha oído. Claro que si tiene el capricho de gastarse esa enorme suma en su amante...

—¿Amante? —Elynor abrió los ojos primero y luego, a pesar de la situación, no pudo evitar una franca carcajada.

—Oiga, señora, esto no es cosa de risa —protestó la muchacha.

Elynor se sentó en una silla, puso el codo sobre la consola y apoyó la mejilla en su mano.

—Lotte, muchacha, ¿de dónde has sacado una idea tan absurda?

—Es la realidad. Al menos, así me parece...

—Rex es mi hermano.

Lotte se quedó paralizada. Instintivamente, comprendió que Elynor decía la verdad. Sintió que las piernas le flaqueaban y tuvo que sentarse en una silla.

—Su... hermano...

—Sí, el menor de la familia. Hay otra hermana, que tiene treinta y cuatro años, y vive en Chicago. Yo uso el apellido McCraven, porque es el de mi difunto esposo. Pero Fulham es el apellido familiar. Rex y yo nos llevamos casi doce años. Fue un nacimiento tardío y yo siempre le quise de manera muy especial.

Elynor se enderezó un poco y miró fijamente a la muchacha.

—¿De veras habías creído que Rex era...?

—No sé cómo disculparme, señora —dijo Lotte afligidamente—. Temo haber cometido un enorme error. Creo que padezco de un exceso de fantasía... ¿Podrá usted perdonarme algún día, señora?

Elynor se levantó y cogió las manos de la atribulada joven.

—Lotte, no hay nada que disculpar, porque Rex debió habértelo dicho desde el primer momento. Ignoro por qué no lo hizo, pero no es el momento ahora de reproches. Tenemos que pensar en él. Es preciso conseguir su rescate. No podemos permitir que sufra el menor daño.

—En eso estoy de acuerdo, señora...

—Por favor, usa mi nombre —pidió Elynor—. ¿Te atreverás a llevar el dinero?

—Claro. ¿Cuándo hemos de entregarlo?

—Ya has leído la carta. Dice que empecemos a prepararlo. Antes de que acabe el día, recibiré una nota, con nuevas instrucciones.

Lotte se puso en pie.

—Elynor, siga las órdenes de los secuestradores. Reúna el dinero y deje el resto de mi cuenta.

—Gracias, querida —Elynor sonrió con expresión de simpatía—. ¿Sabes?, Rex habla de ti casi constantemente... Me parece que le has impresionado más de lo que tú misma te imaginas.

—Pero sigue siendo un... un...

—Creo que estás equivocada. Sin embargo, prefiero que sea él quien te saque de tu error. Yo sé perfectamente lo que hace, pero tengo instrucciones tuyas de no comentarlo con nadie. Trata de comprenderme.

—Si, desde luego —Lotte meditó un instante y luego se acercó a la mesa—. ¿Puedo usar su teléfono, Elynor?

—Claro.

Lotte hizo una llamada telefónica. Veinte minutos más tarde, estaba delante de Bodo Hallman.

—Estaba a punto de irme a la cama —dijo Hallman malhumoradamente—. ¿Puedo saber qué cosa tan urgente la ha traído aquí a estas horas de la madrugada?

—Fulham ha sido secuestrado —contestó Lotte inexpresivamente. Hallman levantó las cejas.

—Una estupenda noticia —calificó—. Avísame cuando lo hayan cortado en rodajas. Destaparé una botella de champaña...

—No se haga el gracioso. Usted sabe, dónde está.

—Pero, ¿es que cree acaso que lo he secuestrado yo? —rugió el sujeto coléricamente.

—A decir verdad, no, aunque confieso que lo pensé en el primer momento. No obstante, pienso que usted tiene medios de sobra para averiguar dónde está el señor Fulham, medios, naturalmente, de que carece la policía. Investíguelo y avíseme.

—Muchacha, tú estás loca...

—Si le pasa algo, diré que ha sido usted. La policía le pondrá en un buen apuro. Contaré muchas cosas que he callado hasta ahora, incluyendo el asunto del rollo de fotografías. No le saldrá barato precisamente, créame.

Hallman maldijo entre dientes, pero acabó por ceder.

—Está bien, trataré de averiguar lo que pueda —contestó.

—Gracias, eso es todo lo que quería de usted.

Lotte dejó una tarjeta encima de la mesa.

—Hay dos números de teléfono. Estaré a punto para contestar en cualquiera de los dos —se despidió.

Hallman, pensó, tenía sobrados contactos con la gente del hampa para averiguar algo que a la policía podía costarle mucho tiempo. Además, los secuestradores, si llegaban a enterarse, no sospecharían de ella.

Relativamente tranquila, fue a su casa y se acostó. Tardó un poco en conciliar el sueño, pero al fin consiguió dormirse.

Por la mañana, permaneció todo el tiempo en su apartamento, esperando alguna llamada que aliviara la tensión a que estaba sometida. Cerca del mediodía, recordó algo y chasqueó los dedos.

—Sí, podría resultar —dijo.

Inmediatamente, llamó a Elynor, quien le informó de que no había aún noticias de Rex y que tendría el dinero a las tres de la tarde.

—Yo voy a salir —declaró la muchacha—. Quizá me llame un tipo llamado Hallman. Tome nota de lo que le diga y hágale saber que actúa por orden mía. En cuanto pueda, me reuniré con usted.

La muchacha llegó alrededor de las seis de la tarde a la residencia de Elynor. La señora McCraven parecía muy nerviosa.

—Ya tengo el dinero, pero aún no he recibido ninguna llamada de los secuestradores —manifestó.

—Tranquilízate, Elynor —aconsejó Lotte, extrañamente serena—. Sacaremos a Rex de su apuro.

—Eres una mujer admirable. ¿De dónde sacas ese valor y esa sangre fría?

—No lo sé —contestó la muchacha—. Hace un par de meses, ni yo misma me hubiera supuesto capaz de hacer cosas como las que he hecho. Era sólo una vendedora en unos grandes almacenes, aficionada

a la gimnasia y al deporte... y, de repente, me veo metida en una serie de jaleos como jamás podía imaginarme. He estado a punto de morir gaseada, estrangulada, me han tiroteado, secuestrado... En fin — suspiró—, confió en que esto no dure eternamente.

—Si puedo hacer algo, no durará —aseguró Elynor—. Sobre todo, si consigo que Rex abandone su profesión. Quise que aceptase un empleo en la compañía, pero es demasiado orgulloso. Trata de hacerse un porvenir por sí mismo, sin ayudas extrañas. Lo conseguirá... pero no quiero que siga corriendo más riesgos.

Elynor sonrió maliciosamente.

—Y no fue nunca un *play-boy* ni nada que se le parezca —agregó.

Lotte se sonrojó vivamente. Había fantaseado demasiado y sin fundamento, se dijo.

—Lo celebro —contestó—. Por favor, ¿dónde tienes el dinero?

—Aquí —contestó la dueña de la casa, señalando un maletín de buenas dimensiones, que estaba encima de la mesa.

Lotte se acercó al maletín, lo abrió y empezó a manipular en su interior. Cuando terminaba, sonó el teléfono, que cogió Elynor.

—Para ti, Lotte —dijo la dama segundos después.

Era Hallman.

—Ya sé dónde lo tienen —manifestó.

—Bueno, suéltelo.

—Salga de la ciudad por la ruta Doce. Siga once kilómetros, hasta llegar al desvío de la secundaria Setenta y Tres. Veinte kilómetros después, tuerza a la derecha por un camino de tierra, que no se usa desde hace años. A tres kilómetros, en el fondo de una hondonada, hay una granja abandonada. Fulham está allí.

—Gracias. Repita las instrucciones, por favor.

Hallman lo hizo así. Luego formuló una pregunta:

—¿Ha conseguido el dinero?

—Claro —contestó Lotte.

—Adiós.

La muchacha colgó pensativamente. ¿Por qué se interesaba Hallman por el dinero del rescate?

Pero casi en el mismo instante, volvió a sonar el teléfono. Lotte hizo una señal y Elynor lo levantó.

—¿Tiene el dinero preparado, señora? —preguntó alguien.

—Sí —respondió ella.

—Preste atención. Dígale a la chica que tome la ruta Doce y que siga once kilómetros, hasta el desvío de la secundaria Setenta y Tres. Deberá seguir veinte kilómetros más y detenerse a la entrada de un camino que empieza en ese punto. Eso es todo, señora.

Elynor repitió las instrucciones. Lotte meditó profundamente durante unos segundos.

—Resulta curioso —dijo al cabo—. Los dos han dicho lo mismo, sólo que el segundo no ha mencionado la granja abandonada.

—¿Crees que eso tiene algo que ver con la entrega del rescate?

—Al menos, me hará abrir los ojos más de lo corriente —respondió la muchacha—. Bien, creo que debo marcharme ya.

Elynor avanzó hacia Lotte y puso las manos en sus hombros.

—No te arriesgues..., pero tráelo sano y salvo. Perdimos a nuestros padres cuando yo tenía dieciséis años. Tuve que hacer de madre para él... y también para la otra hermana. Le quiero mucho, ¿sabes?

Lotte trató de sonreír.

—Haré lo que pueda —contestó.

—Creo que él ha encontrado la mujer adecuada. Por mi parte, pienso que es una elección completamente acertada.

—Pero, Elynor, yo... Bueno, Rex no me ha dicho nada todavía. Además, le he tratado como un zapato viejo...

—Le gustaba mucho. Me lo contaba y pasábamos unos ratos muy divertidos.

—Vaya —se sofocó la muchacha—. Con eso no contaba yo.

—Anda, ve... y vuelve con él. Entonces hablaremos de vuestro futuro.

Lotte agarró el maletín y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió.

—Elynor, ese tal Robertson...

—Voy a casarme con él —anunció la dama sencillamente.

—Oh... Felicidades.

—Gracias, Lotte. Buena suerte.

La muchacha salió de la casa. «Los papeles se han invertido; en esta ocasión, es la dama quien rescata al caballero», pensó.

Y luego, sin saber por qué, receló de Hallman. Debería tener presente al sujeto, para eludir cualquier mala pasada que pudiera jugarle. No sabía exactamente las causas, pero presentía que Hallman quería tomar parte en el juego.

CAPÍTULO XII

Detuvo el coche a la entrada del camino y esperó unos minutos con las luces encendidas. De pronto, dos sombras surgieron de la oscuridad y se acercaron al coche por ambos lados.

—El dinero —exigió uno de ellos.

—Está aquí —contestó Lotte— ¿Qué me dicen de Fulham?

—Lo soltaremos cuando hayamos comprobado que la suma está acorde con nuestras peticiones. Vuélvete a la ciudad; él estará en su casa antes de que amanezca.

—Muy bien, como quieran.

El maletín pasó a poder de los forajidos. Lotte dio media vuelta y simuló alejarse. A los pocos segundos, paró el motor y apagó las luces.

Inmediatamente, se apeó del coche y se lanzó hacia el camino solitario. Usaba zapatillas de deporte, por lo que no hacía el menor ruido al moverse con paso atlético.

Quinientos metros más adelante, encontró un coche salido en parte del camino y medio volcado. Se acercó, miró a su interior y sonrió al ver a los dos sujetos completamente dormidos.

Conteniendo la respiración, abrió la portezuela, recuperó el maletín y lo escondió tras unos matorrales, cuya situación procuró ubicar en su memoria. Luego regresó al coche y quitó la llave de contacto, que lanzó a gran distancia. Finalmente, desposeyó a los forajidos de sus pistolas, que siguieron el mismo camino que la llave y acabó sus operaciones, deshinchando un par de ruedas del automóvil. Si despertaban intempestivamente, podían hacer un puente para poner el motor en marcha, pero no podrían conseguir mover el automóvil.

Inmediatamente, se puso de nuevo en movimiento. Con paso ligero, los codos pegados a los costados y manteniendo constantemente el ritmo de la respiración, siguió por el camino, que se veía blanquecino por contraste contra la oscura vegetación que lo flanqueaba.

Media hora más tarde, divisó las siluetas de un par de edificios en el fondo de una hondonada. Se detuvo un instante y respiró a fondo.

Allí estaba Rex, vigilado, calculó, por dos hombres como mínimo. De los otros dos no se preocupaba en absoluto; dormirían hasta después del amanecer.

Reanudó la marcha, ahora con mayores precauciones. De pronto, vio un chispazo de luz y se desvió a un lado.

Aquella ventana estaba tapada por unas cortinas y alguien las había movido un poco, para ver si venían los que debían traer el dinero. Lotte derivó hacia su derecha y alcanzó la esquina del edificio, construido enteramente en madera y con claras señales de abandono.

Escuchó atentamente. Dentro de la casa, alguien dijo:

—Esos tardan mucho en venir.

—Ya vendrán, no te preocupes —contestó otro—. Supongo que tu hermanita se habrá mostrado dispuesta a pagar el rescate que le pedimos.

—Eso espero yo también, «Malacara» —sonó la voz de Fulham.

Lotte contuvo a duras penas una exclamación de sorpresa. De modo que el autor del secuestro era aquel peligroso atracador, a quien

ella había burlado meses antes.

—Lo que no he entendido es por qué habéis pedido una cantidad tan rara —dijo el joven.

—Está bien claro —contestó Peters—. Primero pensábamos pedir medio millón. Luego se me ocurrió que debía recuperar lo que perdí el día en que aquella chica nos encerró en el montacargas. Según declaró el cajero, habíamos conseguido un botín de ciento veintidós mil trescientos veintisiete dólares. Es justo que recobremos lo que perdimos entonces.

—Si, muy justo —repuso Fulham irónicamente.

Lotte decidió no seguir escuchando. Era preciso rescatar al joven. Daría la vuelta a la casa; seguramente, había una puerta trasera y...

Paso a paso, pegada a la pared, empezó a deslizarse hacia la parte posterior del edificio. De pronto, tropezó con algo. Actuó rápidamente y pudo evitar que aquel trozo de tabla, alargado y de relativo grosor, cayera al suelo e hiciese un ruido comprometedor.

Durante un segundo, permaneció pensativa. Podía ser un arma defensiva muy útil, decidió al cabo.

Con infinito cuidado, entreabrió la puerta de la estancia en que se hallaban los dos secuestradores. Fulham, advirtió, estaba sentado en una silla, a la que había sido atado de pies y manos. Peters y su compinche estaban vueltos de espaldas a ella.

Inspiró profundamente. Cuando se disponía a atacar, sonaron ruidos extraños en el exterior.

La puerta se abrió violentamente. Dos hombres, pistola en mano, irrumpieron en la estancia.

—¡Quietos! —gritó Hallman.

Su acompañante era Jupp Keynee. Peters y el otro se quedaron paralizados por el asombro.

—Pero, qué diablos...

Hallman no dejó que Peters siguiera hablando.

—¿Dónde está el dinero? —rugió.

—No lo han traído todavía... Oiga, ¿cómo sabe usted...?

—No te preocupes —Hallman sonrió perversamente—. De modo que estás aguardando a la chica con la «pasta».

—Bueno, otros la traerán, pero...

Hallman disparó sin previo aviso. Peters retrocedió, con el rostro deformado por el dolor. Lotte tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no chillar.

Keynee hizo fuego también y derribó al otro secuestrador. Peters seguía aún en pie, haciendo desesperados esfuerzos por sacar su

pistola. Entonces. Hallman y Keynee dispararon simultáneamente contra él, derribándolo hecho un ovillo al pie de la pared.

Lotte contempló la escena mordiendo fuertemente el labio inferior. Fulham, en la silla, aparecía muy serio.

—¿Por qué, Bodo? —preguntó, cuando el estruendo de los disparos se hubo apagado.

—¿Por qué? —repitió Hallman—. Confieso que nunca se me hubiera ocurrido lo del secuestro, pero usted me estropeó uno de los mejores negocios de mi vida. Iba a conseguir un millón, ¿sabe?

—Si, hay películas que se pagan muy caras —convino el joven tranquilamente.

—Había invertido mucho dinero en el asunto, casi cien mil dólares, aunque no lo crea. Pero aquel estúpido de Dewster lo estropeó todo, cuando se quedó el rollo, porque pretendía quedarse con el negocio y ganarse el millón él solito.

—Cornell se lo estropeó al matarlo.

—Ya le dije que lo hizo sin mi permiso. A mí me convenía que Dewster siguiera con vida.

—Y ahora, con el dinero de mi rescate, pretende compensar las «pérdidas».

—Bueno, ganaré algo así como medio millón limpio, que no está nada mal —contestó Hallman, sonriendo malignamente.

—Supongo que no querrá que yo repita lo que ha pasado aquí. ¿Me equivoco?

Lotte oyó aquellas palabras y se dijo que ya era hora de intervenir. Ahora comprendía el interés de Hallman en el asunto; le había tentado la suma del rescate. Ella no se lo había dicho, pero Hallman tenía medios sobrados para averiguarlo.

Su mano derecha se crispó sobre el garrote. Llenó de aire los pulmones y entonces sucedió lo imprevisto.

Peters no había muerto aún. Inesperadamente, se incorporó un poco y disparó su pistola dos veces.

Keynee lanzó un chillido, manoteó desesperadamente y, después de un violento giro, se desplomó al suelo.

Hallman blasfemó, a la vez que se volvía hacia su izquierda. Lleno de ira, disparó varias veces contra Peters, quien acabó por derrumbarse definitivamente. Entonces, el trozo de tabla voló por los aires con tremendo ímpetu y alcanzó la sien de Hallman, quien se derrumbó fulminado.

Lotte irrumpió en la estancia.

—¡Rex!

Fulham volvió los ojos.

—¡Cielos! —exclamó.

—Si, soy yo... Voy a soltarte, Rex —dijo ella, muy nerviosa.

Sus dedos se enredaron con los nudos. Lanzó una interjección y miró a su alrededor.

—El amigo de «*Malacara*» tenía una navaja —indicó Fulham—. Si no te importa registrar a un muerto.

—No tengo otro remedio —contestó ella.

Mientras estaba arrodillada junto al secuestrador muerto, hizo una pregunta:

—Rex, ¿qué contenía el rollo de fotografías?

—Notas, planos y apuntes de una aleación especial, muy importante para el gobierno. Era preciso recuperarla antes de que fuese vendida... al mejor postor.

—Entonces, eres un agente secreto o algo por el estilo, ¿no?

—Digamos que sí —sonrió él—. ¿Te importa mucho?

—No, claro que no. ¿Sabes?, Elynor me lo ha contado todo.

—Oh. Siempre fue muy discreta...

—Creo que debía hacerlo, puesto que yo era la que tenía que entregar el dinero. Siento todo lo que te dije, Rex.

—No te preocupes, encanto —rió él—. Me gustaba, créeme. Aunque espero que hayas sabido rectificar tu opinión.

—Claro, hombre.

—No sabes cuánto me alegro. Por cierto, ¿qué ha sido del dinero? —de pronto, Fulham se estremeció—. ¡Lotte, aún quedan dos de los secuestradores!

—No te preocupes —sonrió la muchacha—. Todavía conservaba el cacharro que me envió Schaffer con el cianhídrico.

—¿Cómo? —respingó el joven.

—Tengo un alumno que es químico distinguido. Le conté lo que me sucedía y se mostró dispuesto a ayudarme. Por tanto, en la cápsula, puso gas narcótico a presión y dispuso el aparato para que se disparase apenas se abriese el maletín con el dinero. Los compinches de «*Malacara*» quisieron comprobar si lo que había en el maletín eran billetes de Banco, lo abrieron... y diez segundos después, estaban dormidos. Les durará hasta después de amanecer.

—Eres... fantástica —se admiró Fulham—. No sé qué decirte...

—Sé dónde está el dinero. Luego lo recuperaremos. Una cosa, Rex.

—Sí, cariño.

—Los catorce mil dólares que cobraste por las fotografías...

—Es mi sueldo anual, mujer.

—Oh, comprendo... Bueno, ya puedes ponerte en pie.

Fulham se incorporó, frotándose las muñecas. Lotte miró a su alrededor y lanzó un gran suspiro.

—Esto parece un matadero —murmuró.

Y, de repente, cerró los ojos, sus rodillas se doblaron y, empezó a caer. Fulham tuvo el tiempo justo de sostenerla en brazos antes de que

tocara el suelo.

—Se ha desmayado. Pobrecilla, ha soportado demasiado —dijo compasivamente.

—Y ahora, mírate al espejo —dijo Elynor McCraven. Lotte giró sobre sus talones y se enfrentó con la enorme luna, de cuerpo entero, que había en la estancia.

Su aspecto había cambiado radicalmente, gracias a un ligero aclarado de su cabellera y al hábil maquillaje que le había hecho Elynor. El vestido, largo, sin hombreras, modelaba perfectamente las líneas de su cuerpo espigado, netamente femenino.

—No parezco yo misma —murmuró.

Elynor rió suavemente.

—Has cambiado, en efecto —convino—. Apresúrate; Rex está abajo, con los invitados. Vamos a anunciar nuestros compromisos simultáneamente. Ah, ¿sabes que Tessa está también, con su prometido, el señor McVeinn? Será una fiesta maravillosa, te lo aseguro.

Lotte quedó a solas unos instantes.

Ya no tenía la menor duda; Rex estaba enamorado de ella.

Pero, ¿a quién quería? ¿A la hermosa y sofisticada mujer que se reflejaba en el espejo o a la muchacha que siempre había conocido?

Su apariencia actual, ¿no resultaba falta de sinceridad?

Sin poder evitarlo, recordó las palabras que él dijo a orillas del río, en Buker Falls. También él hablaba sinceramente en aquellos momentos.

Se estudió críticamente al espejo. El pelo sí, quedaba muy bien con aquel leve aclarado. Pero lo demás...

En pocos instantes, tomó una decisión y empezó a limpiarse la cara. Cuando bajase al salón, sería ella misma, la de siempre.

Unos minutos más tarde, abandonó la estancia y emprendió el descenso por la gran escalinata. Fulham la vio, dejó la copa a un lado y, sonriendo, avanzó con las manos tendidas hacia ella.

Tessa vio la escena y se emocionó muchísimo.

—Míralos, John —dijo a McVeinn—. Hacen una pareja ideal.

—Lo mismo que tú y yo, Tessa —contestó McVeinn.

Lotte se detuvo frente al joven y le miró sonriendo.

—¿Cómo me encuentras, Rex? —consultó, un tanto aprensiva.

—No puedo expresarlo con palabras —respondió él.

Elynor la vio en aquel momento y se sorprendió de su aspecto. Pero casi en seguida comprendió las intenciones de Lotte y sonrió complacidamente:

—Si, puede que sea lo mejor —murmuró para sí.

—Eres tú misma —dijo Fulham—. Y no quiero que cambies jamás.

—Salvo en una cosa. Rex —contestó ella.

—¿Sí?

—No volveré a meterme jamás en jaleos. En poco tiempo, he tenido más conflictos de los que tendré en todos los días de mi vida...

Fulham se echó a reír.

—Yo procuraré evitarlo —respondió—. A partir de ahora, sólo tendrás una preocupación.

—¿Cuál, Rex?

—Vivir para mí.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.